El viejo mariscal mirandose al espejo.

EL COLLAR DE LA REYNA.

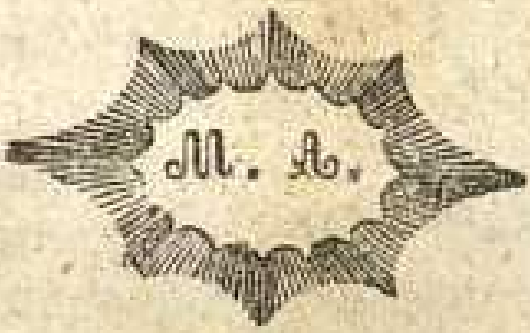
NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

por M. R. de Q.

TOMO I.



MALAGA.

IMPRENTA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

R. 21.415

Es propiedad de la casa de Martinez de Aguilar.

El Collar de la Reyna.

AL LECTOR.

El título que hemos dado á esta novela nos impone el deber de dirigir cuatro palabras á los lectores, suplicándoles de paso que no lleven á mal este corto preámbulo. Veinte años hace que estamos en relacion con ellos, y esperamos, que la obra que hoy le dedicamos, en vez de en-

tibiar nuestra antigua amistad, contribuirá por el contrario á estrecharla mas íntimamente.

Desde las últimas líneas que para ellos escribimos, hasta hoy, ha sobrevenido una gran revolucion.....

Pero nuestros lectores van á encontrarnos despues del 24 de febrero de 1848, tales como éramos antes de aquella fecha: la única diferencia que en nosotros hallarán tal vez será una arruga mas en la frente y una úlcera mas en el corazon. Hé aquí toda la variacion que se ha verificado en nosotros en la terrible época que acaba de pasar.

Lo que amábamos, lo que temíamos, lo que despreciábamos entonces, lo amamos, lo tememos y lo despreciamos hoy mas que nunca.

Asi, pues, lo mismo en nuestra obra que en nosotros, no hay mudanza; lo único que se notará en ella será esa misma arruga que llevamos impresa en la frente, y esa llaga

nuevamente abierta en nuestro corazon.

A esta fecha llevamos escrito sobre poco mas ó menos cuatrocientos tomos: hemos profundizado bastantes siglos, y evocado muchos personajes, los cuales han vuelto á aparecer á la gran luz de la publicidad. Ahora bien; desafiamos á toda esa falanje de espectros, á que digan si hemos sacrificado á las exigencias del tiempo en que vivimos sus vicios ó sus virtudes. Lo mismo al tratar de los reyes, y de los grandes señores, que del pueblo, hemos dicho siempre la verdad, ó la que nosotros hemos creido tal; y si los muertos pudiesen reclamar como los vivos, asi como no hemos tenido que retractarnos jamás entre estos, estamos seguros de que tampoco tendriamos que retractarnos entre aquellos.

Hay corazones para quienes toda dicha es sagrada, y respetable toda caida: que esta sea desde la vida

á la muerte, ó desde el trono al destierro, nada importa para que el hombre se incline ante un sepulcro abierto, ó ante una corona hecha pedazos.

Al escribir el título en la primera página del libro que hoy empezamos, debemos decir que no ha sido nuestra libre eleccion la que nos ha impelido á ello; debia llegarle su hora y su turno. La cronología es inflexible; detras de 1774 debia vernir 1784; despues de *José Bálsamo* debia venir *El Collar de la Reyna*.

Tranquilizense, sin embargo, las suceptibilidades mas escrupulosas. Por lo mismo que todo puede decirse hoy, el historiador será el censor del poeta. Nada de aventurado sobre la Reyna; nada de exagerado ó equívoco sobre la reyna mártir. Al describir la flaqueza de la humanidad y el orgullo de la gerarquía, procuraremos hacerlo como aquellos pintores

idealistas que tan bien sabian tomar el lado bello de la semejanza: procuraremos hacerlo como lo hacia aquel artista apellidado *El Angel* (*) cuando al pintar una santa *Madonna* retrataba á la muger á quien adoraba, y seguiremos al través de los libelos infamatorios y de las alabanzas exageradas, con paso firme é imparcial la florida senda de la poesía.

La muger, cuya pálida cabeza presentó el verdugo á la muchedumbre, ha comprado bastante caro el derecho de no tener porqué ruborizarse ante la posteridad.

29 de Noviembre de 1848.

ALEJANDRO DUMAS.

(*) Rafael de Urbino.

PROLOGO.

LAS PREDICCIONES.

Un antiguo hidalgo y un mayordomo antiguo,

Entre tres y cuatro de la tarde de uno de los primeros dias del mes de Abril de 1748, el anciano mariscal de Richelieu, antiguo conocido nuestro, se estaba mirando á un espejo que le presentaba su ayuda de cámara, sucesor aunque indigno del fiel Rafé, y despues de

haberse llenado de aceites por sí mismo su arrugado rostro, le dijo moviendo la cabeza con aquel aire que solo á él le era peculiar:

—Retírate; ya estoy corriente.

Y levantándose de su butaca, con ademan juvenil, sacudió á capirotazos los pequeños átomos de polvo blanco que de la peluca habian caido sobre su calzon de teciopelo azul celeste.

En seguida, y despues de haber dado dos ó tres vueltas por su cuarto de vestir, dijo, mirándose el empeine del pie y tendiendo la pierna:

—Dí á mi mayordomo, que le espero.

A los cinco minutos se presentó este en trage de ceremonia.

El mariscal se revistió al verle de un continente tan grave, como la situacion lo exigia, y dijo volviendose hácia él:

—¿Supongo, que me habreis preparado una buena comida?

—Si, monseñor.

—Y que habreis hecho circular la lista de mis convidados ¿no es cierto?

—Sí, monseñor, y conservo fielmente en la memoria su número. Nueve cubiertos; ¿no es asi?

—Precisamente.

—Pero, monseñor... tal vez...

El mariscal interumpió al mayordomo haciendo un movimiento de impaciencia, atenuado en parte por su magestuoso continente.

—*Pero*... no es una respuesta, señor mayordomo: cada vez que oigo esa palabra, y por cierto que la he oido muchas veces hace ochenta y ocho años, estoy harto de deciros que me suena mal, porque precede regularmente á una gran majaderia.

—Monseñor...

—A qué hora estará lista la comida?

—Las gentes del pueblo comen á las dos, los magistrados á las tres,

y los nobles á las cuatro.

—¿Y á qué hora comeré yo segun eso?

—Monseñor comerá hoy á las cinco.

—¡Oh! á las cinco!

—Sí, monseñor, á la hora á que comen los reyes.

—¿Y por qué razon he de comer á lo Rey?

—Porque en la lista que monseñor se ha dignado remitirme se encuentra el nombre de una testa coronada.

—¿Quién os ha dicho semejante cosa? Entre mis convidados de hoy se encuentran personas de la mas alta nobleza, pero no hay Rey alguno entre ellos.

—Monseñor quiere sin duda chancearse con su humilde servidor, y yo le doy las gracias por el honor que me hace. Mas el señor conde de Haga, que es uno de los convidados de monseñor...

—Qué?

—¡Qué!... el conde de Haga es un Rey.

—No conozco ningun Rey que se llame asi, señor mayordomo.

—Monseñor me dispensará,—replicó este inclinándose—mas yo habia creido, habia supuesto...

—Vuestra obligacion no es creer, no es sospechar! es leer y egecutar al pie de la letra las órdenes que yo os doy, sin hacer de ellas comentario alguno. Cuando quiero que se sepa alguna cosa, la digo; cuando no la digo, es que quiero que se ignore.

El mayordomo se inclinó por segunda vez, pero mas respetuosamente quizás que si hablase á un príncipe reinante.

—Asi, pues, caballero,—continuó el viejo mariscal,—toda vez que los que van á comer son caballeros, gobernaos de modo que la comida esté á mi hora acostumbrada, á las cuatro.

Al oir esta órden, la frente del

mayordomo se oscureció, como si acabase de oir pronunciar su sentencia de muerte, y palideció visiblemente.

Despues dijo armándose del valor de la desesperacion:

—Sucederá lo que Dios quiera, pero monseñor no comerá hasta las cinco.

—Por qué y cómo ha de ser asi? esclamó el mariscal alzando la frente con altaneria.

—Porque..... porque es materialmente imposible que monseñor coma antes.

—Señor mayordomo! esclamó el viejo mariscal sacudiendo vivamente su cabeza, cuyos ojos brillaban aun con el fuego de la juventud, ¿hace veinte años, segun creo, que estais á mi servicio?

—Veinte y uno, monseñor; mas un mes y dos semanas.

—Pues bien! á esos veinte y un años, un mes y dos semanas no añadireis ni un solo dia, ni una sola ho-

ra; ¿lo oís? prosiguió el mariscal mordiéndose los labios y frunciendo el entrecejo; desde hoy mismo podeis buscar otro amo; no me acuerdo que en mi casa se haya pronunciado jamás la palabra imposible, y no es á mi edad cuando se hace el aprendizaje de ella.

El mayordomo dijo inclinándose por tercera vez:

—Esta tarde dejaré el servicio de monseñor si fuese necesario; mas no se dirá que no he cumplido con mi deber como es justo, hasta el último momento. Y asi diciendo dió dos pasos hácia la puerta para retirarse.

—¿A qué llamais como es justo? esclamó el mariscal, deteniéndole. Tened presente, señor mayordomo, prosiguió despues, que en mi casa, solo han de hacerse las cosas como á mí me convengan, y nada mas. Asi, pues, he dicho y repito, que quiero comer á las cuatro, y no me con-

viene, deseando comer á esa hora, que os empeñeis en que lo haga á las cinco.

—¡Monseñor! repuso con firmeza el mayordomo, he servido de repostero al príncipe de Soubise, y de mayordomo al príncipe cardenal Luis de Rohan. En casa del primero comia una vez al año S. M. el difunto Rey de Francia: en casa del segundo, lo efectuaba una vez al mes S. M. el emperador de Austria. Sé pues, tratar á los soberanos, monseñor. En casa de Mr. Soubise, el Rey Luis XV se titulaba baron de Gonesse, y sin embargo siempre era un Rey. En casa del segundo, es decir, en casa de Mr. de Rohan, el emperador José se nombraba conde de Packenstein, y sin embargo siempre era un emperador. Hoy el señor mariscal recibe un convidado que se titula el conde de Haga: el conde de Haga no es nada menos que el Rey de Suecia. Yo dejaré por tan-

to hoy mismo la mayordomía del señor mariscal, ó el conde de Haga será tratado aqui como un Rey.

—Eso es justamente lo que os prohibo yo, señor cabezudo, el conde de Haga quiere guardar el mas escrupuloso incógnito. ¿Pensais acaso que no conozco perfectamente vuestras mañas, señores mayordomos? No es á la corona á quien quereis manifestar vuestro respeto, sino á nuestros escudos.

—No supongo, dijo el mayordomo, que monseñor me hable de dinero con seriedad.

—¡Eh! ¡no! caballero, dijo el mariscal casi humillado, no. ¡Quién diablos os ha hablado de semejante cosa? No salirse de la cuestion. Lo que yo quiero es que no se trasluzca mas que en el buen servicio, que come hoy un Rey á mi mesa.

—Pero, señor mariscal, ¿me tomais por un imbécil? ¿Creeis que camino á ciegas?

—Entonces no seais necio, y haced por que comamos á las cuatro.

—No puede ser, señor mariscal, porque á las cuatro no habrá llegado aun lo que yo aguardo.

—¿Pues qué aguardais? ¿Algun veneno como monsieur Vatel?

—¡M. Vatel! ¡M. Vatel! murmuró el mayordomo.

—Qué ¿os ha incomodado la comparacion?

—No, pero la miserable estocada que se dió monsieur Vatel, le condujo al templo de la inmortalidad.

—¡Ah! y vos creeis por lo visto que vuestro cofrade ha pagado demasiado barata la gloria!

—No, monseñor; pero hay otros en nuestra profesion que sufren mas que él, y devoran sinsabores y humillaciones cien veces peores que una estocada, y sin embargo no se han inmortalizado!

—Sois un ignorante, señor mayordomo; ¿no sabeis que para inmortalizarse es preciso ser de la Academia ó haberse muerto?

—Si eso es asi, monseñor, mas vale vivir y cumplir con su deber. Yo no pienso matarme, y sin embago cumpliré con mi obligacion, como lo hubiese hecho M. Vatel, si el príncipe de Condé hubiese tenido paciencia para aguardar media hora.

—¡Oh! me prometeis maravillas, señor mayordomo; la echais de demasiado diestro.

—No, monseñor, no prometo maravilla alguna.

—Pues entonces, ¿qué es lo que esperais?

—¿Quiere, monseñor, que se lo diga?

—¡Ciertamente que sí! soy muy curioso.

—Pues bien, monseñor, aguardo una botella de vino.

—¡Una botella de vino! esplicaos, caballero; el cuento comienza á interesarme.

—Hé aqui de lo que se trata, monseñor. S. M. el Rey de Suecia.... perdonad; S. E. el conde de Haga, quise decir, no bebe nunca sino vino de Tokay.

—¡Y qué! ¿estoy tan desprovisto, que no hay en mi bodega Tokay? En ese caso será preciso despedir al repostero.

—No, monseñor, teneis por el contrario, unas sesenta botellas.

—¿Y quién os ha dicho que el conde de Haga se bebe sesenta botellas en la comida?

—Paciencia, monseñor; cuando S. E. el conde de Haga vino por primera vez á Francia, no era mas que príncipe real; entonces comió con el difunto Rey, que habia recibido de S. M. el emperador de Austria doce botellas de Tokay. Como sabeis, el Tokay escogido es

reservado para la bodega de los emperadores, y los mismos soberanos no beben de él en tanto que S. M. el emperador no tenga á bien enviárselo de regalo.

—Es un hecho.

—Pues bien, monseñor; de esas doce botellas de que bebió el príncipe real y que le parecieron admirables, solo quedan hoy dos.

—¡Oh! ¡Oh! esclamó el mariscal.

—Una existe actualmente en las bodegas del Rey Luis XVI.

¿Y la otra?

—La otra... ¡Ah, monseñor! esclamó el mayordomo con una sonrisa de triunfo, porque veia que despues de la larga lucha que acababa de sostener, se acercaba para él el momento de la victoria; la otra fué sustraida.

—¿Por quién?

—Por un amigo mio proveedor del difunto Rey, que me debia grandes

obligaciones.

—¡Ah! ¡Ah! ya caigo; ¿Y es ese quien os la ha dado?

—Asi es la verdad, Monseñor, repuso el mayordomo con orgullo.

—¿Y qué hicísteis de ella?

—La guardé en la bodega de mi amo.

—¡De vuestro amo! ¿Y quién lo era vuestro en aquella época?

—Monseñor el Cardenal príncipe Luis de Rohan.

—¡Ay! Dios mio! ¿con qué segun eso, la botella está en Strasburgo?

—No, en Saverne.

—¿Y habeis enviado á buscarla para mí? esclamó el viejo mariscal.

—Si, monseñor, respondió el mayordomo con un tono que parecia querer decir ¡ingrato!

El duque de Richelieu cogió la mano á su antiguo servidor, esclamando:

—Os pido mil perdones; sois el Rey de los mayormos.

—¡A quien queriais despedir, sin embargo, hace un momento! respondió éste con un movimiento indefinible de cabeza y de hombros.

—Sí; pero ahora os pago por esa botella cien pesos.

—Y ciento mas que costarán al señor mariscal los gastos del viaje, suman doscientos. Pero monseñor contestará que esta suma es insignificante.

—Lo que yo contesto, es que hoy os ofrezco doblar vuestro salario.

—Monseñor, nada he hecho para merecer esa recompensa. He cumplido con mi obligacion, y nada mas.

—¿Y cuándo esperais que llegará vuestro correo?

—Monseñor va á juzgar por sí mismo si he perdido el tiempo: ¿qué dia dió monseñor las órdenes para la comida?

—Hace tres dias, si no me engaño.

—Un correo que corre á mata caballo, necesita veinte y cuatro horas para ir y veinte y cuatro para volver.

—Os quedan únicamente veinte y cuatro horas; ¿qué habeis hecho pues de ellas, príncipe de los mayordomos?

—¡Las he perdido, monseñor! no me ocurrió la idea hasta el dia siguiente del en que me enviasteis la lista de los convidados. Calculad ahora el tiempo que se empleó en la negociacion, y vereis, monseñor, que no pidiéndoos mas plazo que hasta las cinco, no os pido mas que el tiempo estrictamente necesario.

—¡Cómo! ¿no está todavia aqui la botella?

—No, monseñor.

—Pero, Dios mio! ¿y si vuestro cólega de Saverne es tan fiel servidor del príncipe de Rohan como

vos lo sois mio, y os negase la botella como vos habriais hecho en su caso?

—¡Yo, monseñor!

—Sí; supongo que vos no habriais dado semejante tesoro si existiese en mi bodega.

—Monseñor supone muy mal: si un cólega que tuviese que obsequiar á un Rey, viniera á pedirme vuestra mejor botella de vino, se la daria al instante.

—¡Oh! esclamó el mariscal haciendo un gesto casi imperceptible.

—Auxiliando á los demas es como se consigue ser auxiliado, monseñor.

—Pero aun suponiendo que os salga todo á pedir de boca, todavia queda un terrible riesgo.

—¿Cuál, monseñor?

—El de que se rompa la botella.

—¡Bah! no hay ejemplar, mon-

señor, de que un hombre haya roto una botella de vino de dos mil libras de pesos.

—Me doy por veneido, no hablemos mas del asunto: ¿á qué hora llegará ese correo?

—A la cuatro.

—Entonces, ¿quién nos impide que comamos á esa hora? replicó el mariscal, tenaz como una mula de Castilla.

—Monseñor ignora, sin duda, que se necesita una hora para que el vino se repose, y esto gracias á un procedimiento cuyo inventor soy yo; sin esto serian necesarios tres dias.

Vencido tambien esta vez, el mariscal declaró su derrota, dirigiendo un saludo á su mayordomo.

—Por otra parte continuó este, los convidados de monseñor, al saber que tendrán la honra de comer con S. E. el conde de Haga, no llegarán hasta las cuatro y media.

—¡Adelante!

—¿Estos convidados no son Mr. de Launay, la señora condesa de Dubarry, M. de Laperouse, M. de Favras, M. de Condorcet, M. de Cagliostro y M. de Taverney?

—¿Y qué tenemos con eso?

—Tenemos, Monseñor..... pero procedamos con órden: M. de Launay viene de la Bastilla; desde París, con el hielo que hay en los caminos, tardará tres horas.

—Sí, pero saldrá de allí en cuanto concluya la comida de los presos, es decir, á las doce del dia; estoy seguro de ello.

—Perdonad, porque despues que monseñor estuvo en la Bastilla, se ha variado en ella la hora de comer, y ahora se come á la una.

—Me alegro de saberlo; continuad.

—Madama Dubarry viene de Luciennes; el camino hace cuesta abajo, y está cubierto de hielo.

—¡Oh! esto no evitará que sea

exacta. Desde que no es mas que favorita de un duque, hace la reyna con los barones. Pero debeis tener entendido, señor mio, que yo queria comer temprano, porque M. de Laperouse se marcha esta noche y no puede detenerse.

—M. de Laperouse, prosiguió el mayordomo, está en palacio con el Rey; hablará con él de geografía y cosmografía, por consiguiente el Rey no le permitirá que se marche tan pronto.

—Es muy posible!

—Es positivo, monseñor; lo mismo sucederá á M. de Favras, que se halla en casa del conde de Provence, hablando sin duda de la ópera de M. Caron de Beaumarchais.

—¿Del *Casamiento de Fígaro?*

—Sí, monseñor.

—¿Sabeis que sois un gran literato, señor mayordomo?

—Leo un poco en mis ratos perdidos, monseñor.

—Pues en cuanto á M. de Condorcet no dudo que en su calidad de geómetra será puntual.

—Sí, pero se entretendrá tal vez con algun cálculo, y no vendrá hasta que lo concluya; es decir, media hora mas tarde. Respecto al conde de Cagliostro, como este caballero es estrangero y hace poco tiempo que vive en París, es probable que no conozca aun la vida de Versalles y se haga esperar.

—Muy bien, dijo el mariscal; habeis nombrado á todos los convidados escepto á M. de Taverney, con un órden catogórico digno de Homero ó de mi pobre Rafé.

El mayordomo repuso inclinándose.

—No he hablado de M. de Taverney, porque es un antiguo amigo, y se conformará con las costumbres de casa. Creo haber hecho mencion, monseñor, de los ocho cubiertos de esta noche; ¿no es

así?

—Perfectamente. ¿Dónde vamos á comer?

—En el comedor grande, monseñor.

—Nos vamos á helar allí.

—Hace ocho dias que está caldeándose, y he puesto la atmósfera á diez y ocho grados.

—Muy bien; me perece que ha dado la media, dijo el mariscal dirigiendo la vista al reloj.

—En efecto, son las cuatro y media, repuso el mayordomo; y en este momento entra un caballo en el patio; sin duda ha llegado la botella de Tokay.

—¡Ojalá me vea servido de este modo veinte años mas! dijo el viejo mariscal mirándose al espejo mientras que el mayordomo corria á sus quehaceres.

—¡Veinte años! dijo una voz risueña interumpiendo al duque en el momento en que echaba la pri-

nera mirada sobre el espejo; ¡veinte años! os los deseo, mi querido duque; pero entonces tendré yo sesenta, y seré muy vieja.

—¡Vos, condesa! esclamó el mariscal; ¡vos que tan bella y fresca estais siempre!

—Decid mas bien que estoy helada, duque.

—¿Seriais tan amable que os dignáseis pasar á mi gabinete? Os lo ruego.

—¡Oh! ¿una entrevista secreta, mariscal?

—No tan secreta, respondió una voz cascada.

—¡Taverney! esclamó Richelieu. El buho de las fiestas, añadió al oido de la condesa.

—¡Ah! ¡qué cosas teneis! murmuró Mad. Dubarry, dando una gran carcajada.

Y en seguida pasaron los tres á la pieza inmediata.

Poco despues que el ruido sordo

de los carruages sobre las piedras cubiertas de nieve, advirtió al mariscal la llegada de los convidados, gracias á la exactitud del mayordomo, tomaban estos asiento alrededor de la mesa ovalada dispuesta para la comida: nueve lacayos silenciosos como fantasma, se deslizaban sobre la afombra, pasando entre los convidados sin rozarse con sus brazos y sin tocar siquisiera sus sillones.

Los huéspedes del mariscal empezaron á saborear los delicados manjares del opíparo banquete, que este les ofrecia, absortos, por decirlo asi, con el dulce calor de las estufas, el oloroso vapor de las viandas y el aroma de los vinos.

Los dobles cristales de los balcones, y las riquísimas cortinas, impedian penetrar en la estancia el ruido de la calle; el silencio del comedor, asaz justificable al principio de una comida, no era turbado

tampoco por rumor alguno, puesto que la vagilla y cubiertos se cambiaban con una destreza admirable, y pasaban de los aparadores á la mesa sin el menor choque; el mayordomo, por último, encargado de dirigir la servidumbre del mariscal, daba sus órdenes por señas á los criados, los cuales las ejecutaban con una rapidez asombrosa, y sin hablar palabra.

Diez minutos hacia ya que habia empezado el banquete, y los convidados podian considerarse con algun fundamento que estaban enteramente solos, puesto que aquellos criados tan mudos, aquellos servidores tan impalpables, era de presumir que serian tambien completamente sordos.

Al ver que el silencio de la mesa pasaba mas allá de la sopa, decidióse á quebrantarlo M. de Richelieu, diciendo al que tenia sentado á su derecha.

—Perdonad, señor conde; pero, si no me engaño, creo que no habeis bebido aun.

El convidado, á quien iban dirigidas estas palabras, era un hombre como de 38 años de edad, de cabellos rubios, de pequeña estatura, y un si es no es cargado de hombros; sus ojos, de un azul claro, brillaban á veces con estraordinaria viveza, al paso que en otras se notaba en ellos una sublime espresion de melancolia: en su frente limpia y espaciosa hallábase retratada la nobleza con rasgos irrecusables.

—No acostumbro á beber mas que agua, mariscal, respondió el conde.

—Escepto en el palacio del Rey Luis XV, dijo Richelieu: yo he tenido la honra de comer allí con el señor conde, y en aquella ocasion, recuerdo muy bien que se dignó beber vino.

—Teneis razon, señor mariscal: pero recordad tambien que el vino que se nos sirvió en 1771, era un escelente Tokay de la cosecha del emperador.

—Igual al que mi mayordomo tiene el honor de serviros en este momento, respondió Richelieu inclinándose.

El conde de Haga levantó su vaso á la altura de los ojos, y examinándolo al través de las luces de las bujías, dijo, al verle brillar como un rubí líquido:

—Asi es, en efecto: gracias, señor mariscal.

Y el conde pronunció la palabra «gracias» con un acento que revelaba tanta bondad y nobleza, que todos los convidados se levantaron como por instinto, esclamando: ¡Viva S. M.!

—Bien dicho! respondió el conde de Haga; viva S. M. el Rey de Francia: ¿no sois de mi opinion, señor

de Laperouse?

—Señor conde, respondió el capitan con ese acento amable al par que respetuoso peculiar del hombre acostumbrado á hablar con régias personas: Hace una hora que me he separado del Rey, y S. M. ha estado conmigo tan bondadoso, que nadie podia victorearle con mas entusiasmo que yo: pero como dentro de una hora voy á tomar la posta para dirigirme al puerto donde me están esperando las dos flotas que el Rey pone á mi disposicion, asi que salga de esta casa, victorearé, con vuestro permiso, á otro Rey á quien serviria de muy buen grado, si no tuviese un amo tan bueno.

Y alzando su vaso brindó á la salud del conde de Haga.

—Todos estamos prontos, dijo Mad. Dubarry que se hallaba á la izquierda del mariscal, á corresponder á ese brindis; pero antes debemos oirlo de boca de nuestro decano, co-

mo se diria en el parlamento.

—¿A cuál de nosotros dos va dirigida esa proposicion, Taverney? esclamó el mariscal riéndose y mirando á su antiguo amigo.

—Ni á uno ni á otro, en mi concepto, esclamó el convidado que se hallaba al frente del mariscal de Richelieu.

—¿En qué os fundais para creerlo así, señor de Cagliostro? dijo el conde de Haga dirigiendo una mirada penetrante sobre su interlocutor.

—En que me consta de una manera positiva que Mr. de Richelieu no es nuestro decano.

—Magnífico? esclamó el mariscal; esto va bien; parece por lo visto que eres tu el mas viejo, Taverney.

—¡Bah! ya sabes que me llevas ocho años; yo nací en 1704, replicó el baron.

—¡Ah, bribon! dijo el mariscal;

ya has denunciado mis ochenta navidades.

—¡Es posible, señor duque! ¿teneis de veras ochenta años? dijo M. de Condorcet.

—Ni mas ni menos. Es un cálculo muy fácil de hacer, y por eso estoy muy mal con los algebristas. Pertenezco á otro siglo, al *gran siglo*, como actualmente se llama al que pertenece el año de 1696; he aquí mi fecha.

—Imposible, dijo de Launay.

—¡Oh! esclamó Richelieu; si estuviese aqui vuestro padre, señor gobernador de la Bastilla, á buen seguro que no me desmentiria, puesto que me tuvo por pensionista suyo en 1714.

—El verdadero decano aqui, dijo M. de Favras, es el vino que el señor conde de Haga vierte en este momento en su vaso.

—¡Un tokay de ciento veinte años! Teneis razon, señor de Favras, re-

plicó el conde.

—Perdonad, señores, dijo Cagliostro, cuya cabeza llena de vigor y de inteligencia se distinguia entre las de los demas convidados; yo tambien reclamo mi derecho.

—¡Cómo! ¿habeis dicho que reclamais el derecho de antigüedad sobre el tokay?

—Ya lo creo, repuso el conde con imperturbabilidad; como que fuí yo mismo quien lo embotelló.

—¿Vos?

Sí, yo; y por mas señas el dia de la victoria alcanzada por Montecuculli sobre los turcos, en 1664.

Estas palabras que Cagliostro habia pronunciado con imperturbable gravedad, fueron acogidas con una estrepitosa carcajada.

—Segun eso, caballero, dijo Mad. Dubarry, contais ya la friolera de ciento treinta años; porque supongo que tendríais al menos diez cuando embotellásteis este escelente vino.

—Tenia mas de diez, señora, puesto que al dia siguiente tuve la honra de ser nombrado por S. M. el emperador de Austria para felicitar á Montecuculli, que en la batalla de San Gutardo habia vengado la jornada de Speck en Esclavonia, en la cual los malos creyentes batieron de una manera tan completa á los imperiales, sus amigos y compañeros de armas en 1536.

En efecto dijo el conde de Haga con la misma frialdad que habia hablado Cagliostro, este caballero debia tener en aquella época mas de diez años, si asistió en persona á tan memorable batalla.

—Decid mas bien, á tan terrible derrota, señor conde, respondió Cagliostro inclinándose.

—Menos terrible, sin embargo, que la de Crécy, dijo Condorcet sonriéndose.

—Es verdad, caballero, contestó Cagliostro sonriéndose tambien; la

derrota de Crécy fué una derrota terrible, puesto que no fué solo el ejército quien la sufrió sino la Francia entera. Convengamos, sin embargo, en que esta victoria no fué ganada con la mayor lealtad por la Inglaterra. El Rey Eduardo tenia artilleria, circunstancia enteramente ignorada por Felipe de Valois, ó mas bien circunstancia en la cual Felipe de Valois no habia querido creer, á pesar de habérselo yo prevenido, á pesar de haberle dicho que por mis propios ojos habia visto los cuatro cañones comprados por Eduardo á los venecianos.

—¡Ah! ¡ah! esclamó Mad. Dubarry; ¿con qué es decir que habeis conocido á Felipe de Valois?

—Señora, tuve el honor de ser uno de los cinco caballeros que le escoltaron al dejar el campo de batalla, respondió Cagliostro. Habia venido yo á Francia con el viejo Rey de Bohemia que estaba ciego, y el

cual se empeñó en morirse desde el momento en que le dije que todo se habia perdido.

—¡Diantre! ¡caballero! dijo Laperouse; no podeis figuraros cuánto siento que ya que habeis asistido á la batalla de Crécy, no asistieseis tambien á la de Accio.

—¿Por qué, caballero?

—¡Oh! porque entonces podriais darme algunos detalles náuticos que á pesar de la escelente descripcion de Plutarco no he podido comprender todavia.

—Y los cuales celebraré mucho que os puedan ser útiles.

—¿Pues qué, los presenciásteis acaso? preguntó el mariscal.

—No, monseñor; hallábame entonces en Egipto, adonde habia ido encargado por la Reyna Cleopatra para arreglar la biblioteca de Alejandría, mision, que sea dicho de paso, podia yo desempeñar mejor que ningun otro, por la sencilla ra-

zon de haber conocido personalmente á los mejores autores de la antigüedad.

—¿Y habeis visto á la Reyna Cleopatra, señor de Cagliostro? esclamó la condesa Dubarry.

—Como os estoy viendo ahora, señora.

—¿Y era realmente tan hermosa como dicen?

—Ya sabeis, señora condesa, que la belleza es relativa: asi es, que aun cuando la Reyna Cleopatra pasaba en Egipto por una muger encantadora, quizás hubiera hecho en París menos papel que una modistuela.

—¡Oh! No hableis mal de las modistas, señor conde.

—¡Dios me libre de ello!

—Conque Cleopatra era....

—Pequeñita, delgada, viva, traviesa, con unos ojos del tamaño de una almendra, nariz griega, dientes de perla y una mano como la

vuestra, señora; una mano digna de empuñar el cetro. A propósito, aqui teneis una sortija cuyo diamante me regalo, y el cual lo llevó en otro tiempo su hermano. Ptolomeo lo llevaba en el dedo pulgar.

—¡En el pulgar! esclamó Mad. Dubarry.

—¡En el dedo pulgar, repitió Cagliostro; tal era entonces la moda egipcia; y sin embargo, ya veis que apenas me cabe en el dedo meñique.

Y sacando la sortija se la presentó á Mad. Dubarry.

Era un magnífico diamante tan bien tallado, y de tan hermoso brillo, que valdria unos cuarenta mil francos.

Despues de circular de mano en mano volvió á las de Cagliostro, el cual dijo colocándoselo tranquilamente en el dedo:

—¡Ah! veo con sentimiento que sois tan incrédulos como eran las

gentes de aquella época: Felipe de Valois no quiso creerme cuando le dije que concediese á Eduardo un asilo; Cleopatra tampoco quiso creerme cuando la dije que iban á maltratar á Marco Antonio. Les troyanos no me hicieron caso cuando les advertí refiriéndome al caballo de madera: Casandra está inspirada, escuchadla.

—¡Oh, esto es delicioso, esclamó Mad. Dubarry riendo á carcajadas: no he conocido ningun otro hombre tal original como vos.

—Señora, os aseguro, dijo Gagliostro inclinándose, que Jonatas lo era mucho mas todavia. ¡Qué compañero tan encantador! Cuando le mató Saul, estuve cerca de volverme loco.

—¿Sabeis, conde, que si continuais, dijo el duque de Richelieu, vais á conseguir que lo esté el pobre Taverney, que tiene á la muerte un miedo horible, y que os está

mirando estupefacto creyéndose inmortal? Vamos, francamente, ¿lo sois ó no?

—¿Inmortal?

—Sí.

—No lo sé; pero sí puedo afirmar una cosa.

—¿Qué? preguntó Taverney que era de todos los oyentes el que con mas sobresalto le escuchaba.

—Que he presenciado todas las cosas y conocido á todos los personajes que os he citado hace un momento.

—¿Habeis conocido á Montecuculli?

—Lo mismo que os conozco á vos, señor de Favras, aunque mas íntimamente, porque esta es la segunda ó tercera vez que tengo el honor de hablaros, al paso que aquel y yo vivimos mucho tiempo bajo una misma tienda.

—¿Habeis conocido á Felipe de Valois?

—Creo haber tenido la honra de deciros que sí, señor de Condorcet; cuando él entró en París, salí yo de Francia y volví á Bohemia.

—¿Y á Cleopatra? preguntó la Dubarry?

—Tambien la conocí, señora condesa; ya os he dicho que tenia los ojos negros como los vuestros, y el seno casi tan hermoso.

—Reparad, conde, que no sabeis cómo tengo yo el seno.

—Muy semejante al de Casandra; y para que sea mas completa esta semejanza teneis como ella un lunar en la sesta costilla izquierda.

—¡Oh! conde, de seguro sois hechicero.

—No creais tal, marquesa, esclamó el mariscal de Richelieu riendo; he sido yo quien se lo ha dicho.

—¿Y vos, cómo lo sabeis?

—¡Ah! dijo el duque, es un secreto de familia.

—Muy bien, dijo Mad. Dubarry; en verdad, duque, que hago perfectamente en cargarme el rostro de carmin cuando vengo á vuestra casa.

Y volviéndose á Cagliostro, añadió:

—Debeis poseer, señor conde, el secreto de rejuveneceros, porque teniendo como decís tres ó cuatro mil años, escasamente representais cuarenta.

—Efectivamente, señora, posco ese secreto.

—¡Oh! Dignaos, por Dios confiarmelo.

—¿Para qué lo necesitais? El milagro está hecho, puesto que tendreis á lo sumo treinta años.

—Eso es cuando mas una galantería.

—No, señora; es la verdad.

—Esplicaos.

—No es dificil, puesto que vos misma habeis hecho ya uso de mi

receta.

—No os comprendo.

—Os repito que habeis probado mi elixir.

—¿Yo?

—Sí, vos, señora condesa. ¡Oh! es imposible que lo háyais olvidado. ¿No os acordais de la casita de la calle de San Claudio, adonde fuisteis á tratar de un asunto relativo á Mr. de Sartines? ¿no os acordais tambien de haber hecho un servicio á uno de mis amigos llamado José Bálsamo? ¿habeis olvidado, por ventura, que este José Bálsamo os regaló un frasco con elixir, encargándoos que tomáseis todas las mañanas tres gotas, y del cual hicisteis uso hasta el año siguiente que se os acabó? Si no recordais todo esto, condesa, mas bien que falta de memoria, pareceria sobra de ingratitud.

—¡Oh! señor de Cagliostro, me hablais de unas cosas.....

—Que solo vos conoceis, es un hecho. ¿Pero de qué me serviria el ser brujo, si no supiese adivinar los secretos agenos?

—¿Y era José Bálsamo el que poseia la receta de ese admirable elixir?

—No, señora; pero como era uno de mis mejores amigos, le habia yo regalado tres ó cuatro frascos.

—¿De modo que todavía le quedan algunos?

—No lo sé. Hace tres años que le ví por última vez, en las márgenes del Ohio, y segun me dijo, se disponia á hacer una espedicion á las montañas Rocheuses: despues he oido que habia muerto.

—Vamos, vamos, conde, esclamó el mariscal; dejad á un lado la galantería, y decidnos por Dios ese secreto.

—¿Hablais formalmente, caballero? preguntó el conde de Haga di-

rigiéndose á Cagliostro.

—Muy formalmente, señor.... Perdonad; quise decir señor conde. Y se inclinó con un ademan tan respetuoso que la falta que acababa de cometer se conocia que habia sido hecha adrede.

—Si no me engaño, creo haberos oido, dijo el mariscal, que la condesa no es bastante vieja aun para buscar remedios que la rejuvenezcan, ¿no es así?

—Asi es efectivamente.

—Pues entonces voy á presentaros otra persona. Aquí teneis á mi amigo Taberney, el cual parece contemporáneo de Poncio Pilato. ¿Será este tal vez demasiado viejo?

Cagliostro respondió mirando al baron:

—No tal.

—¡Ah! señor conde, esclamó Richelieu; si rejuveneceis á este, os proclamo discípulo de Medea.

—¿Lo deseais? preguntó Caglios-

tro dirigiendo la palabra al dueño de la casa, y lanzando sus miradas en torno de la mesa.

Los convidados hicieron una señal de asentimiento.

¿Lo deseais vos tambien, señor de Taverney?

—¡Con mas anhelo que todos! repuso el baron.

—¡Pues bien! Es cosa muy fácil, dijo Cagliostro.

Y sacando del bolsillo una botellita octógona, tomó un vaso de cristal, y derramó en él algunas gotas del licor que contenia.

Pasando despues aquellas gotas á otro vaso lleno hasta la mitad de Champagne á la nieve, presentó al baron este brebaje.

Todas las miradas siguieron sus menores movimientos, y ninguno se atrevia á respirar siquiera.

El baron tomó el vaso, pero vaciló en el momento de acercarlo á sus lábios.

Al ver esta indecision, todos soltaron una carcajada tan espontánea, que Cagliostro dijo manifestando una ligera impaciencia:

—Despachaos, baron; de lo contrario vais á echar á perder un licor del que cada gota vale cien luises.

¡Diablo! esclamó Richelieu con tono burlon; no vale tanto el vino de Tokay.

—¿Es preciso beberlo? preguntó el baron con una turbacion visible.

—O dar el vaso á otro, á fin de que no se desaproveche el elixir.

—Pase, dijo el duque estendiendo la mano.

El baron aplicó las narices al vaso y decidiéndose á tomarlo al notar su aroma balsámico y el color rosado que communicaran al Champagne las gotas del elixir, bebió su mágico contenido.

Al instante se estremeció todo su cuerpo, y le pareció que la sangre fria y apagada que circulaba

lentamente por sus venas, refluia con rapidez hácia la epidermis, al paso que se le agolpaba sobre el corazon. Estiróse su arrugada piel, sus párpados se dilataron, se aumentó por grados el brillo de sus pupilas, y el temblor nervioso de sus manos fue cediendo poco á poco, afirmándose su voz, y recobrando sus rodillas un vigor y una elasticidad juvenil.

Un grito de sorpresa y de estupor general, resonó en el aposento: Taverney por su parte, sintiendo un hambre devoradora, cogió un plato, sirvióse en él un buen trozo de carne asada, que comió con escelente apetito, y agarrando en seguida una perdiz, se puso á trincharla con el mayor desembarazo, diciendo que se le figuraba haber recobrado la dentadura que tenia á los veinte años.

Comió, bebió y gritó por espacio de media hora, durante la cual

le miraban sus compañeros de mesa llenos de asombro. Pero poco á poco fue apagándose como una lámpara falta de aceite, volvió su frente á surcarse de arrugas; veláronse sus ojos; encorbóse su espalda; faltóle de repente el apetito, y sus rodillas volvieron á doblarse bajo el peso de su debilitado cuerpo.

—¡Oh! esclamó Taverney angustiado.

—Qué os sucede! esclamaron los convidados.

—Adios, ilusiones! desaparecieron y con ellas mi juventud!

Al contemplar el triste aspecto que presentaba aquel anciano, cuyo rejuvenecimiento habia desaparecido con la rapidez de un relámpago, y el cual se puso á llorar como un niño, todos los convidados exhalaron un suspiro igual al que se habia escapado del afligido pecho de Taverney.

—Lo que acabais de presenciar, les

dijo Cagliostro es la cosa mas sencilla del mundo: no he dado al baron mas que treinta gotas de mi elixir de la vida, y por eso ha durado tan solo su rejuvenecimiento treinta minutos.

—¡Dadme mas, conde! ¡dadme mas! murmuró el anciano con avidez.

—No haré tal, caballero, porque podria ocasionaros la muerte, respondió Cagliostro.

Mad. Dubarry, que conocia la virtud del elexir, era de todos los convidados la que seguia los detalles de esta escena con mas curiosidad.

Al ver el maravilloso efecto que el brebaje habia producido en Taverney, se apoderó de ella un deseo tan vehemente de poseerlo, que hizo ademan de querer arrancar el frasco de manos de Cagliostro. Pero al ver que Taverney habia vuelto á envejecerse mucho mas aprisa aun de

lo que se habia rejuvenecido, esclamó con tristeza:

—¡Ah! ya lo veo; es una quimera! ¡una ilusion engañosa! ¡esa inestimable maravilla no ha durado mas que treinta y cinco minutos!

—Es decir, repuso el conde de Haga, que para recobrar la juventud por espacio de dos años sería preciso beberse un rio.

Estas palabras hicieron reir á los concurrentes.

—¡Bah! esclamó Condorcet; el cálculo es muy sencillo; á gota por minuto: de consiguiente para ser jóven un año hay que béberse la friolera de 3.153,006 gotas.

—Una inundacion, dijo Laperouse.

—Yo no puedo participar de esa opinion, dijo la condesa, porque una botella cuatro veces mayor que ese frasco que me dió vuestro amigo José Bálsamo, ha bastado para detener en mí por espacio de diez

años la marcha del tiempo.

—Justamente, señora, y vos solo dais en la misteriosa realidad. El hombre que ha envejecido mucho, necesita efectivamente de la cantidad de gotas que ha dicho M. de Condorcet, para que el elixir produzca en él un efecto inmediato y eficaz; pero una muger de treinta años, que son los que vos representais, no tiene necesidad de beber mas que diez gotas en cada periodo de decadencia, y con estas diez gotas, aquel ó aquella que las beba llevará encadenada eternamente la juventud y la vida con un grado igual y constante de energía y vigor.

—¿A qué llamais periodos de decadencia? preguntó el conde de Haga.

—A los periodos naturales, señor conde. En el estado natural, las fuerzas del hombre crecen hasta los treinta y cinco años. Asi que llega

á esta edad, se estaciona hasta los cuarenta. Desde los cuarenta disminuye casi imperceptiblemente hasta los cincuenta, de cuya edad en adelante se adelantan y precipitan los periodos hasta el dia de la muerte. En el todo de civilizacion, es decir, cuando el cuerpo está gastado por los escesos, los disgustos ó las enfermedades, se detiene el aumento en los treinta años, y se comienza á disminuir á los treinta y cinco. Entonces es preciso auxiliar á la naturaleza á fin de oponerse á su movimiento de decrescencia. Aquel que como yo posea el secreto de este elixir, vivirá como yo vivo, es decir, siempre jóven, ó bastante jóven por lo menos para desempeñar las funciones de la vida.

— ¿Y cómo es, señor de Cagliostro, esclamó la condesa que siendo dueño de elegir vuestra edad, no la habeis elegido de veinte años en vez de cuarenta?

—Señora condesa, repuso Cagliostro sonriéndose, porque me conviene mas ser un hombre de cuarenta, que no un jóven de veinte.

—¡Oh! ¡ya! dijo en tono de duda la condesa.

—Creedlo, señora, continuó Cagliostro; á los veinte años se agrada á las mugeres de treinta; es un hecho; pero á los cuarenta se gobierna á las mugeres de veinte y á los hombres de sesenta años.

—Me doy por vencida, repuso la condesa. El discutir con vos despues de la prueba palpable que nos habeis dado, seria ya una tenacidad.

—¡Conque es decir, esclamó lánguidamente Taverney, que he llegado tarde! que estoy condenado!

—M. de Richelieu ha sido mas previsor, dijo Laperouse con su franqueza de marino, puesto que el mariscal, si no me engaño, posee cierta receta.....

—¡Bah! hablillas de mugeres, dijo riendo el conde de Haga.

—¿Y es esa una razon acaso para que no se crea duque? preguntó Mad. Dubarry.

El mariscal se avergonzó pero pareció no esperar en estas palabras; en seguida dijo á su vez:

—¿Quereis saber, señores, en qué consiste mi receta?

—Sí, queremos saberlo.

—¡Pues bien! consiste en cuidarme.

—¡Oh! ¡oh! esclamaron todos.

—Es la pura verdad, señores, dijo el mariscal.

—Y yo, repuso Mad. Dubarry, me declararia tambien desde ahora partidaria de ese remedio, si no acabase de presenciar el efecto producido por el elixir de M. de Cagliostro. Preparaos por lo tanto, señor hechicero, á escucharme, porque aun no han acabado mis preguntas.

—Haced cuanto gusteis, señora.

—Si no me engaño, creo haberos oido hace poco, que cuando hicísteis uso por primera vez de vuestro elixir, teniais cuarenta años?...

—Asi es, señora.

—Y que desde entonces acá, es decir, desde el sitio de Troya.....

—Un poco antes, señora.

—Tanto mas á mi favor, repuso la condesa. ¿Conque es decir, que conservais desde entonces esa fisonomia de cuarenta años?

—Ya lo veis.

—Segun eso, repuso Condorcet, todavia probais mas de lo que decís en vuestro teorema.

—Y qué es lo que pruebo yo, señor marqués?

—No solo probais la perpetuacion de la juventud, sino la conservacion de la vida: porque para conservar ese esterior de cuarenta años desde la guerra de Troya, es preciso que no háyais muerto nunca.

—Ya se ve que no, señor marqués; no he muerto nunca.

—Sin embargo, no puedo creer que seais invulnerable como Aquiles... y digo mal, porque Aquiles no lo era, puesto que París le mató hiriéndole en el talon con una flecha.

—No, no soy invulnerable, lo digo con sentimiento, esclamó Cagliostro interrumpiéndole.

—¿Con qué segun eso, podeis morir..... y morir de muerte violenta?

—Claro está.

—¿Y cómo habeis hecho entonces para libertaros de la muerte por espacio de tres mil quinientos años?

—Casualidad, señor conde; pura casualidad; dignaos escucharme un momento, y lo comprendereis todo.

—Con mucho gusto.

—Os escuchamos, repitieron to-

dos los convidados.

Y se prepararon á prestarle atencion con muestras visibles del mayor interés.

La voz de Cagliostro rompió el silencio.

—Cuál es la primera condicion de la vida? dijo, estendiendo con elegancia sus manos blancas como las de una muger, y cargadas de una porcion de sortijas, entre las cuales brillaba la de la Reyna Cleopatra como la estrella polar: la salud: no es así?

—Ciertamente respondieron todos.

—Y la condicion de la salud no es?...

—El régimen, dijo el conde de Haga.

—Precisamente, señor conde; es el que constituye la salud. Pues bien: ¿qué inconveniente hallais para que no constituya el mejor réjimen posible estas gotas de mi elixir?

—Ninguno en verdad, replicaron algunos de los convidados; ¿pero quién es capaz de demostrar eso?

—El conde de Cagliostro, dijo la condesa.

—Sin duda que sí, repuso este; pero...

—Pero nadie mas, dijo Mad. Dubarry.

—Esa es una cuestion, señora, de que trataremos luego. Decia, pues, que he seguido siempre el réjimen de mis gotas, y como ellas son la realizacion del sueño eterno de los hombres de todos los tiempos, que se han dedicado á descubrir este licor, al cual los unos llamaron agua de la juventud, y los otros elixir de la vida, he conservado constantemente mi juventud y por consecuencia mi salud y mi vida.

—No obstante, demasiado sabeis, señor conde, que todo se gasta; lo mismo el cuerpo mas robusto, que el mas débil.

—Lo mismo el de Páris, que el de Vulcano; añadió la condesa. A propósito, señor de Cagliostro, ¿conocisteis tambien á Páris?

—Perfectamente, señora; era un arrogante mozo, si bien creo que no merecia lo que dicen de él Homero y las mugeres. En primer lugar era rojo.

—¡Rojo! ¡qué horror! esclamó la condesa.

—Desgraciadamente, repuso Cagliostro, Elena no era de vuestra opinion. Pero volvamos á vuestro elixir.

—Sí, sí, esclamaron los convidados.

—Decíais, pues, señor de Taverney, que todo se gastaba; es un hecho: pero tambien sabreis que todo se regenera ó puede remplazarse. El famoso cuchillo de San Huberto, que tantas veces ha cambiado de puño y de hoja, es un ejemplo de ello, puesto que á pesar de todos estos

cambios nunca ha dejado de ser el cuchillo de San Huberto. El vino que conservan en sus toneles los monjes de Heidelberg es siempre el mismo vino, aun cuando todos los años se renueva el contenido de sus jigantescas vasijas. Asi es, que el vino de los susodichos monjes es claro, espirituoso y de buen sabor, al paso que el que pusimos y lacramos Opimo y yo en ánforas de barro, era cien años despues un licor tan espeso, que casi se podia comer en vez de beberse.

Pues bien, en vez de seguir el ejemplo de Opimo, he adivinado el método de los monges de Heidelberg. He coservado mi cuerpo derramando en él cada año nuevos principios, con el objeto de regenerar en él los antiguos elementos. Cada mañana ha reemplazado en mi sangre un átomo jóven y vigoroso á una molécula gastada é inerte, y por eso se han conservado mi carne y mis huesos.

De este estudio asíduo de la vida, resulta que mi imaginacion, mis fuerzas, mis nervios, mi corazon y mi alma, no han descuidado sus funciones respectivas; y como todo se halla ligado en este mundo, como los que repiten mucho una cosa y los que mas perseverancia tienen, son los que mejor la hacen, yo he tenido mas habilidad que otros para evitar los riesgos de la vida, y por eso he obtenido un resultado tan favorable. He adquirido ademas con tan largo vivir tal esperiencia, que preveo la mayor parte de los peligros: asi es que nunca me vereis entrar en una casa próxima á caerse. ¡Oh! no; he visto muchas en este mundo para no distinguir al primer golpe de vista las buenas de las ruinosas.

Jamás me vereis ir de caza en compañia de quien no sabe manejar una escopeta, ni ocupar en una batalla el puesto que cualquiera otro

aceptaria de muy buen grado, porque en un instante habré calculado todas las líneas rectas y las parabólicas que van á parar á aquel puesto. Á esto replicareis que nadie puede evitar una cosa que todos ignoran; pero yo os diré que un hombre que ha evitado ya un millon de ellas, no tendria escusa si se dejase matar de ese modo. Quizás no dareis asenso á mis palabras; pero no por eso dejan de ser ciertas. No es esto decir que yo sea inmortal, sino que sé lo que todos ignoran; á saber: evitar la muerte cuando proviene de alguna casualidad. Asi, pues, por nada en el mundo permaneceria aqui un cuarto de hora á solas con M. de Launay, el cual está pensando en este momento que si me pillase en la Bastilla pondria á prueba mi inmortalidad por medio del hambre. Tampoco me quedaria con M. de Condorcet, el cual piensa asimismo en

este intante (tal vez sin mala intencion) en verter en mi vaso el contenido del anillo que lleva en el dedo índice de la mano izquierda, y el cual es uno de los mas activos venenos, por ver si causaria mi muerte.

Las dos personas que acababa de nombrar el conde de Cagliostro, hicieron un movimiento de sorpresa.

—Sed franco, M. de Launay, añadió, aqui no estamos en un tribunal de justicia, y ademas nunca se castiga la intencion: ¿no estais pensando en lo que acabo de decir? Y vos, M. de Condorcet, no teneis en ese anillo un veneno que quisiérais hacerme tomar en nombre de vuestra muy amada ciencia?

—¡A fe mia que sí! dijo M. de Launay entre risueño y turbado, confieso que eso es precisamente lo que estaba pensando en el momento mismo en que me acusábais.

—Y yo, imitando la franqueza de Mr. de Launay, esclamó Condorcet, os diré que estaba pensando del mismo modo, en que si tomaseis lo que tengo en mi sortija, no daria un bledo por vuestra inmortalidad.

Los concurrentes no fueron dueños de reprimir un grito de sorpresa; porque si la confesion que acababan de oir no probaba la inmortalidad de Cagliostro, justificaba al menos su penetracion.

—Habeis visto, pues, dijo este con la mayor tranquilidad, que he adivinado. Lo mismo me sucede con los sucesos venidero. La costumbre de vivir me revela á la primera ojeada el pasado y futuro de las personas que veo.

Mi perspicacia en esta materia es tal, que se estiende á los animales. Si subo á una carroza, leo en el modo de andar de los caballos si se van á desbocar ó no, y en la

fisonomia del cochero si va á hacerme volcar; si me embarco en un buque, adivino al primer golpe de vista si el capitan es ignorante y no sabrá dirigir por consiguiente la maniobra con el acierto necesario, y en ambos casos huyo del cochero lo mismo que del capitan; abandono á los caballos y al buque. No es esto decir que yo niegue la casualidad; pero la atenúo; en lugar de dejarla cien probabilidades, como hace todo el mundo, yo le quito noventa y nueve y me burlo de la que queda. Hé aqui para qué me sirve el haber vivido tres mil años.

—¿Sabeis, mi querido profeta, le dijo riendo Laperouse, el cual no participaba del entusiasmo producido por las palabras de Cagliostro, que os agradeceria que me acompañáseis hasta las embarcaciones, en las cuales voy á dar la vuelta al mundo, y que me hariais en ello un señalado favor?

Cagliostro guardó silencio.

—Señor mariscal, continuó Laperouse; puesto que el señor conde de Cagliostro no quiere, y hace muy bien, dejar tan buena compañía, me veo obligado á marcharme solo.

Luego, prosiguió dirigiéndose á los demas convidados:

—Dispensadme, señores; son las siete, y he prometido al Rey montar en la silla de posta á las siete y cuarto; me marcho de consiguiente: y ya que el conde de Cagliostro no se decide á visitar mi flota, desearia que me dijese al menos lo que me sucederá desde Versalles á Brest. Cualquiera otro en mi lugar no se contentaria acaso con esto, sino que le pediria que le vaticinase lo que pudiera acontecerle desde Brest al Polo; pero yo me jacto de no ser exigente.

Cagliostro miró á Laperouse de un modo tan melancólico al par que tan compasivo y tan dulce, que

la mayor parte de los convidados no pudieron menos de sorprenderse.

Felizmente no notó nada el marino, al cual, despues de despedirse de algunos de sus compañeros de mesa, le echó su criado sobre los hombros una especie de capoton perfectamente forrado, mientras que Mad. Dubarry le introducia en los bolsillos algunos cordiales de grande estimacion para el que viaja, cuando puede con ellos obsequiar á algunos de sus compañeros.

En seguida saludó respetuosamente al conde de Haga, y presentó la mano al duque de Richelieu.

—Adios, mi querido Laperouse; buen viage y... hasta el valle de Josafat: le dijo este.

—¡Bah! ¿quién piensa en eso? Decid mas bien, hasta la vuelta, señor duque, respondió Laperouse. No parece sino que me marcho á la eternidad, cuando en resumidas

cuentas no voy á hacer mas que dar la vuelta al mundo; es decir, cuatro ó cinco años de ausencia á todo turbio correr.

—¡Cuatro ó cinco años! esclamó el mariscal; ¡eso equivale ya para mí á cuatro ó cinco siglos! A mi edad los dias son años: ¡Ah! ¡Capitan! ¡quién sabe si os volvaré á ver!

—¡Bah! preguntádselo sino á nuestro oráculo, dijo Laperouse riendo; estoy seguro de que os promete todavía veinte años de vida: ¿no es verdad, señor de Cagliostro? ¡Ah! cuánto siento que no me háyais hablado antes de vuestro prodigioso elixir! Habria hecho embarcar á cualquier precio un barril en mi buque... Pero, repito que ya ha llegado mi hora, y voy á partir ahora mismo... Dignaos, pues, señora condesa, darme á besar vuestra mano, aun cuando no sea mas que por la seguridad que llevo de no volver á ver otra

hasta mi vuelta.

Y despues de besar la mano de Mad. Dubarry, salió del comedor, saludando cortesmente á los demas convidados.

Cagliostro prosiguia guardando el mismo silencio de mal agüero.

De allí á poco oyéronse en la escalera los pasos del capitan, y las últimas palabras que dirigió al marcharse á los criados.

Un momento despues sacudieron los caballos sus cabezas cargadas de cascabeles, cerróse la puertezuela del coche, y se oyó el ruido que hacian las ruedas sobre el empedrado.

Laperouse acababa de partir para emprender un viaje misterioso, del cual no debia volver.

Despues de su salida reinaba en el comedor el silencio mas profundo.

Cuando cesó el ruido del carruage, fijáronse todas las miradas

sobre Cagliostro, cuyas facciones tenian una espresion tan estraña, que todos los convidados se estremecieron.

El conde de Haga fue el primero que rompió el silencio, diciendo al conde de Cagliostro:

—¿Por qué no habeis querido complacer á Laperouse, prediciéndole su porvenir?

Todos esperaron la respuesta con ansiedad.

Cagliostro se estremeció al oir esta pregunta: á la cual contestó despues de una breve pausa con acento solemne:

—Porque me hubiera visto precisado á mentir ó á decirle una verdad muy cruel.

—¡Cómo! esclamaron todos á una voz.

—Porque hubiera tenido que decirle: Señor de Laperouse, el duque de Richelieu tenia razon al deciros que no os volveria á ver.

—¡Diantre! repuso el mariscal palideciendo; ¿hablais con formalidad, señor conde?

—Con toda formalidad: tranquilizaos, sin embargo, señor duque; no es á vos á quien mi prediccion se refiere.

—¡Cómo!....

—¡Seria posible, esclamó á su vez Mad. Dubarry, que ese pobre Laperouse que acaba de besarme la mano!....

—No solamente no os la volverá á besar, sino que jamás volverá á ver á aquellos de quienes acaba de separarse en este momento; dijo Cagliostro contemplando atentamente su vaso lleno de agua, y en el cual por la manera con que estaba colocado se notaban ciertas partículas luminosas de un color de ópalo, entrecortadas trasversalmente por las sombras de los objetos que le rodean.

Un grito general de espanto su-

cedió á estas palabras.

La conversaoion habia llegado á un punto en que cada minuto que pasaba hacia crecer el interés: al ver el aspecto grave, solemne y de ansiedad con que los circunstantes interrogaban á Cagliostro, ora de viva voz, ora con sus inquietas miradas, cualquiera hubiera dicho que las predicciones de aquel hombre eran consideradas como las predicciones infalibles de un oráculo de la antigüedad.

En medio de aquella preocupacion, M. de Favras, adivinando el sentimiento general, se levantó, hízo una señal; y salió de puntillas á la antecámara para ver si algun criado acechaba.

Pero ya hemos dicho que la casa de M. de Richelieu estaba bien montada, y M. de Favras no encontró por ende en la antecámara mas que á un viejo mayordomo, que mudo é impasible como un centinela

de un punto avanzado, guardaba las entradas del comedor en el momento solemne do los postres, con la mas severa vigilancia.

Cuando volvió á ocupar su puesto y dió á entender por señas á los convidados que se halllaban enteramente solos, dijo á Cagliostro Mad. Dubarry.

—Contadnos ahora todo lo que sepais respecto á ese pobre Laperouse.

Cagliostro hizo con la cabeza una señal negativa.

—¡Vamos, vamos M. de Cagliostro! no os hagais de rogar; sed condescendiente: dijeron todos á una vez.

—¡Sea, puesto que asi lo quereis! repuso Cagliostro. M. de Laperouse, añadió en seguida, va á embarcarse, segun os ha dicho, con intencion de dar la vuelta al mundo, y de continuar los viajes del desgraciado Cook que, como todos

sabeis, ha sido asesinado en las islas de Sandwich.

—Es un hecho; contestaron todos con voz casi imperceptible.

—Hasta ahora nada hay que presagie á esa empresa un funesto resultado: M. de Laperouse es muy buen marino: por otra parte el Rey Luis XVI le ha trazado hábilmente su itinerario, y S. M. como todo el mundo sabe...

—Efectivamente, dijo interrumpiéndole el conde de Haga, el Rey de Francia es un gran geógrafo, ¿no es verdad, Mr. de Condorcet?

—S. M. sabe, en efecto, respondió este, mucha mas geografia de la que un Rey necesita. Los Reyes, prosiguió, no debian conocer las ciencias sino superficialmente. De este modo se dejarian quizás guiar por los hombres que las conociesen á fondo.

—Acepto la leccion, señor mar-

qués, dijo el conde de Haga sonriendo.

Condorcet se ruborizó al oir estas palabras, y repuso inclinándose con el mayor respeto:

—Lo que acabo de deciros, señor conde, es una simple reflexion, una generalidad filosófica.

— ¿Conque es decir que Laperouse va resuelto á dar la vuelta al mundo? preguntó Mad. Dubarry, resuelta á interrumpir toda conversacion particular que se separase del sesgo que habia tomado la conversacion general.

—Si señora, respondió Cagliostro. Mas no creais que irá tan de prisa como se os ha figurado; estoy seguro de que perderá bastante tiempo en Brest.

—Es una lástima, dijo Condorcet, porque esta es la estacion mejor para navegar. ¡Y quién sabe si no será ya algo tarde! en febrero ó marzo hubiera sido mucho mejor.

—¡Oh! no le echeis en cara esos dos ó tres meses, Mr. de Condorcet, al menos vive y espera ese tiempo mas.

—¿Supongo que se le habrá dado una buena tripulacion? dijo Richelieu.

—Muy buena, repuso Cagliostro, el que manda el segundo navio es un oficial de mucho mérito. Me parece estarle viendo: es jóven, intrépido, valiente, pero muy arrojado por desgracia.

—Como! habeis dicho por desgracia?

—Si, repitió Cagliostro, consultando su vaso. Un año despues busco á este amigo, y ya no parece. Señores, añadió ¿hay aquí alguno de vosotros que sea amigo ó pariente de M. de Langlé?

—No.

—¿Ninguno le conoce?

—No.

—¡Pues bien! la muerte empezará

por él. Ya no le veo en mi vaso.

Estas palabras arrancaron un grito de horror á los concurrentes.

—¿Pero y él..... y Laperouse?..... preguntaron todos con la mayor ansiedad.

—Laperouse, continuó Cagliostro, se embarca..... navega..... llega al puerto..... se vuelve á embarcar..... pasados dos años de navegacion, se reciben noticias suyas, pero luego.....

—¿Qué?

—Pasan años.....

—¿Y por último?.....

—Por último, el Occéano es inmenso: el cielo aparece sombrio, descúbrense aqui y alli tierras inaccesibles..... vénse por aquí y por allá figuras repugnantes, como los mónstruos del archipiélago griego: acechan al navío que se precipita entre la bruma y los escollos impelido por la corriente: en fin, la tempesdad mas hospitalaria ya que la ribera... ¡Oh!

¡Laperouse, si pudieras oirme, te diria: tù, que cual otro Cristobal Colon marchas á descubrir un nuevo mundo, guárdate de las islas desconocidas!

Cagliostro calló, y los circunstantes esperimentaron un estremecimiento glacial, mientras duraba, por decirlo asi, el eco de sus últimas palabras.

—¿Y por qué no se lo habeis advertido? esclamó el conde de Haga sintiendo como los demas la influencia de aquel hombre estraordinario que conmovia los corazones á su capricho.

—¡Oh! si! si! esclamó Mad. Dubarry; por qué no se le ha de mandar un propio que le advierta el peligro?.... la vida de un hombre como Laperouse bien merece que se le envie un correo, querído mariscal.

El duque de Richelieu hizo ademan de tirar del cordon de la cam-

panilla.

—Cagliostro le detuvo con una seña.

—El mariscal volvió á sentarse.

—¡Ah! es en balde, señora, continuó Cagliostro: todo aviso seria inútil: el hombre que preve el destino, no puede cambiarlo. Mr. de Laperouse se reiria si oyese mis palabras, como se reian de las de Casandra los hijos de Priamo; vos mismo, señor conde de Haga, no las creeis en este instante, y vuestros compañeros participan tambien de esa incredulidad. No lo querais disimular, señor de Condorcet, ni vos tampoco, señor de Favras; en mi vida he encontrado un oyente crédulo.

—¡Oh! nosotros sí os creemos, esclamaron á un tiempo Mad. Dubarry y el duque de Richelieu.

—Y yo! murmuró Taverney.

—Y yo tambien, dijo cortesmente el conde de Haga.

—Sí, repuso Cagliostro, me creeis

porque se trata de Laperouse; no seria asi, si se tratase de vosotros mismos.

—¡Oh!

—Estoy seguro.

—Confieso, sin embargo, dijo el conde de Haga, que si estuviese en lugar de Mr. de Laperouse, y me dijéseis que no me fiase de las islas desconocidas, desconfiaria de ell.

—Os aseguro que no, señor conde: esta revelacion hubiera sido terrible, si Laperouse hubiera dado crédito á ella; pues en presencia del peligro, al aspecto de aquellas islas desconocidas que debian serle fatales, el desventurado hubiera sentido acercarse la muerte misteriosa que le amenazaba sin poder huir de ella. No una, sino mil muertes hubiera sufrido entonces; porque es sufrir mil muertes marchar á oscuras acompañado de la desesperacion. Pensad, pues, que yo le quitaba la

esperanza, el único consuelo que conserva el hombre, aun cuando sienta cerca de su pecho la hoja del cuchillo; aun cuando vea correr su sangre. La vida se estingue, y el hombre aun conserva la esperanza!

—¡Es verdad! murmuraron algunos de los convidados.

—Sí, continuó Condorcet; el velo que cubre el fin de nuestra vida, es el único bien real qv ha dado Dios al hombre en la tierra.

—Pues yo, dijo el conde de Haga, si llegase alguno á decirme: «desconfiad de tal hombre ó de tal ó cual cosa» aceptaria el aviso, y quedaria muy agradecido al que me lo diese.

Cagliostro movió la cabeza, acompañando este ademan con una sonrisa triste.

—Os aseguro, continuó el conde de Haga, que si me advertís os lo agradeceré.

—¿Quisierais que os digese lo que

no he querido decir á Laperouse?

—Sí; lo desearia.

Cagliostro hizo un movimiento como si fuese á hablar; pero se detuvo de repente, diciendo:

—¡Oh! no, señor conde, no.

—Os lo suplico.

Cagliostro volvió la cabeza á otro lado.

—¡Oh! no, no!.. jámas!

—Mirad que me vais á volver incrédulo, dijo sonriendo el conde.

—Mas vale la incredulidad que la angustia.

—Señor de Cagliostro, repuso aquel gravemente; ¿olvidais una cosa?

—¿Qué? preguntó respetuosamente el adivino.

—Que si bien es cierto que hay algunos, que sin inconveniente pueden ignorar su futura suerte, hay otros por el contrario, que tienen una necesidad de saberla, en atencion á que su porvenir no solo les

interesa á ellos, sino á millones de hombres.

No diré lo contrario, repuso Cagliostro; pero insisto en negarme á complaceros, ínterin no me lo ordeneis terminantemente.

—¿Qué quereis decir?

—Que nada diré, á no ser que V. M. me lo mande.

—Pues bien! os mando que me reveleis mi destino, señor de Cagliostro; repuso el Rey con una magestad mezclada de la mayor cortesía.

En el momento en que el conde de Haga dejó el incógnito y aceptó, sin replicar, el tratamiento, M. de Richelieu se levantó, y dijo saludándole con la mas respetuosa deferencia:

—Doy al Rey de Suecia gracias por el honor distinguido que se ha servido dispensarme al aceptar mi mesa; dígnese pues V. M. sentarse en el lugar preferente, puesto que

á nadie mas que á V. M. pertenece desde este momento.

—Quedémonos como estamos, señor mariscal, y no perdamos ni una palabra de lo que me va á decir el conde de Cagliostro.

—A los reyes no se dice la verdad, señor; repuso este.

—¡Bah! yo no estoy ahora en mi reyno.—Sentaos, señor duque, añadió dirigiéndose á M. de Richelieu; vos, señor de Cagliostro, comenzad vuestra prediccion, os lo suplico.

Cagliostro miró su vaso, en el que fermentaba el agua como si fuera vino de Champagne, y dijo á los pocos instantes:

—Señor, indicadme lo que deseais saber; estoy pronto á responderos.

—Decidme, pues, de qué muerte he de morir.

—De un pistoletazo, señor.

Una sonrisa de satisfaccion brilló en el rostro de Gustavo.

—¡Ah en una batalla! de la muer-

te de un soldado!..... Gracias, señor de Cagliostro, mil veces gracias. ¡Oh! preveo grandes batallas, y Gustavo Adolfo y Cárlos XII me han enseñado cómo debe morir un Rey de Suecia.

Cagliostro inclinó la cabeza sin responder.

El conde de Haga frunció el entrecejo.

—¡Cómo! ¿No ha de ser, por ventura, en una batalla donde he de recibir el pistoletazo?

—¡Ah! no señor.

—En una sedicion? tambien es posible.

—Tampoco.

—¿En dónde pues?

—En un baile, señor.

El Rey quedó pensativo.

Cagliostro se habia levantado al pronunciar las anteriores palabras, y se volvió á sentar, ocultando la cabeza entre sus manos.

Los convidados no pudieron me-

nos de estremererse, al contemplar al autor de la profecía y al que era objeto de ella.

Mr. de Condorcet tomó el vaso en que habia leido Cagliostro el siniestro augurio, lo levantó á la altura de sus ojos, y trató de examinar cuidadosamente sus brillantes reflejos y su contenido misterioso.

Su mirada penetrante é inteligente parecia preguntar al cristal la solucion de un problema que no tenia para él otro valor que el de una investigacion puramente física.

En efecto, el sábio despues de consultar las refraccionones luminosas y los fuegos microscópicos del agua, preguntábase á sí mismo la causa del charlatanismo con que conmovia á todos aquellos hombres, aquel hombre de inteligencia superior.

Sin duda no pudo resolver su problema, porque cansado de mi-

rar el vaso, lo volvió á colocar sobre la mesa, y dijo en medio del asombro general producido por el pronóstico de Cagliostro:

—Yo tambien suplico á nuestro ilustre profeta que interrogue su espejo mágico, aun cuando estoy muy lejos de ser un señor poderoso que puede mandar, y mi vida oscura no pertenece á millones de hombres.

—Perdonad, M. de Condorcet, dijo el conde de Haga; vos teneis el derecho de mandar en nombre de la ciencia, y vuestra vida, no solo interesa á millones de hombres, sino á la humanidad toda.

—Gracias, señor conde; pero tal vez no participará de vuestra opinion M. de Cagliostro.

Cagliostro levantó la cabeza, como un corcel al sentir las aceradas puntas de las espuelas, y manifestando en su rostro los primeros síntomas de una irritacion nerviosa, dijo:

—Os equivocais, marqués, estoy firmemente persuadido de que sois un magnate en el reino de la inteligencia. Vamos, miradme cara á cara, y decidme si deseais formalmente que os diga vuestra prediccion.

—Formalmente, señor conde, replicó Condorcet, os juro por mi honor que os hablo con la mayor sinceridad.

—Pues bien, dijo Cagliostro con voz sorda y mirándole fijamente; morireis del veneno que teneis en esa sortija que llevais en el dedo!... Morireis!

—¡Oh! ¿y si la arrojase? interrumpió Condorcet.

—Arrojadla, dijo el adivino.

—¿Luego confesais que es cosa fácil?

—Entonces, arrojadla os digo.

—¡Oh! sí, hacedlo, marqués, esclamó Mad. Dubarry; tirad por favor ese veneno; tiradlo, aunque so-

lo sea para desmentir á ese hombre que nos está afligiendo con sus profecias. Si asi lo haceis, será punto menos que imposible que murais con esa ponzoña, y entonces M. de Cagliostro habrá mentido.

—Dice bien la condesa, dijo el conde de Haga.

—Soy de la misma opinion, repuso Richelieu: tírad ese veneno, marqués, tiradlo porque francamente desde que sé que llevais en la mano la muerte de un hombre, no estaré muy tranquilo cuando bebamos juntos. La sortija puede abrirse sola... y.....

—Y dos vásos están muy próximos cuando se chocan para echar un brindis, dijo Taverney concluyendo la frase.

—Le instais en vano, señores, dijo Cagliostro; Mr. de Condorcet no la arrojará.

—Decis bien, repuso este, pero no creais que es porque me lo im-

pida el destino, sino porque este veneno es composicion de Cabanais, y el único que hay de su especie; puede decirse que fue hijo de la casualidad, y como es probable que no se repita, quiero conservarlo á todo trance. Habeis triunfado, señor de Cagliostro.

—El destino, repuso este, encuentra siempre agentes fieles que le ayuden en la ejecucion de sus irrevocables sentencias.

—¿Luego moriré envenenado? Pues bien, sea. La muerte que me anunciais es admirable, un poco de veneno en la punta de la lengua, y al otro mundo. Esto no debe llamarse muerte, sino *menos la vida* como decimos en álgebra.

—Nada he dicho sobre si esa muerte será tranquila ó amarga, respondió friamente Cagliostro.

E hizo una seña que indicaba su deseo de no añadir ni una palabra mas sobre Mr. de Condorcet.

—Caballero, dijo entonces el marqués de Favras recostándose sobre la mesa para aproximarse mas á Cagliostro; ya que tenemos un naufragio, un tiro y un envenenamiento que me estremecen, ¿tendriais la bondad de predecirme á mí tambien alguna muertecita por el estilo?

—¡Oh! señor marqués, dijo Cagliostro animándose por grados á impulsos de la ironía; hariais muy bien en envidiar á estos señores; os aseguro á fe de caballero que hay para vos algo mas terrible todavia.

—¡Magnífico! gritó Mr. de Favras riendo. Tened en cuenta sin embargo que eso es comprometeros mucho. ¿Mejor que el mar, la pólvora, y el veneno? Eso es muy dificil.

—Aun queda la soga, señor marqués, dijo Cagliostro con la mayor

amabilidad.

—¿La soga?..... ¡Oh! ¡oh! que decis?

—Que sereis ahorcado, respondió Cagliostro con una especie de rabia profética que no le fué dado contener.

—¡Ahorcado! esclamó la asamblea.

—Este caballero se olvida por lo visto que soy noble, respondió Favras con altanería; á no ser, añadió recobrando su buen humor, que quiera aludir á un suicidio, en cuyo caso le prevengo que me respetaré demasiado hasta mi último momento, y que por lo tanto no me serviré de la cuerda mientras que tenga una espada.

—No aludo á un suicidio, caballero.

—¡Como!... ¿os referís al cadalso?

—Si,

—Vamos, sois estrangero, repuso M. de Favras, y os perdono por lo

tanto...

—¿Que?

—Vuestra ignorancia. En Francia se decapita á los nobles.

—Es asunto que arreglareis con el verdugo, dijo Cagliostro dejando sorprendido á su interlocutor con tan brutal respuesta.

Siguióse un momento de indecision.

—Me haceis temblar, caballero, dijo Mr. de Launay en seguida; es tan terrible el destino de estos señores, que auguro mal de mí si me toca la misma suerte que á ellos.

—Eso prueba que sois mas razonable y que por entero no quereis conocer lo futuro. Haceis muy bien; tan prósperos é adversos, lo mejor es respetar los decretos de Dios.

—¡Oh! ¡oh! Mr. de Launay, esclamó Mad. Dubarry; espero que tendreis tanto valor como estos señores.

—Tambien yo lo espero, señora, dijo el gobernador inclinándose.

—En seguida añadió volviéndose á Cagliostro:

—Vamos, caballero, dignaos favorecerme á mi vez con vuestro horóscopo; os lo suplico.

—No tengo inconveniente, dijo Cagliostro: morireis de un hachazo en la cabeza, y punto concluido.

Un grito de espanto resonó en el salon. Los señores de Richelieu y Taverney suplicaron á Cagliostro que no continuara; pero la curiosidad femenil se opuso á ello, y Mad. Dubarry prosiguió:

—Sabeis, señor conde, que á juzgar por vuestras palabras seria preciso creer que el universo entero va á morir de muerte violenta? Aqui estamos ocho, y de los ocho ya han recibido cinco esa sentencia.

—¡Bah! no habeis conocido, señora, repuso M. de Favras, que este caballero venia ya decidido á asustarnos, y que nos reimos de ello.

—Nos reimos, en efecto, dijo el

conde de Haga, sea farsa ó sea realidad.

—¡Oh! pues entonces yo tambien me reiré, dijo Mad. Dubarry; aun cuando no sea mas que por no deshonrar con mi cobardía el valor de los presentes. Pero; ¡ay! yo no soy mas que una pobre muger, y temo por lo tanto que me vaticine una muerte vulgar. Una muger muere regularmente en su cama, y la muerte de una vieja triste y olvidada es la peor de todas las muertes; ¿no es verdad, señor de Cagliostro?

Y al decir estas palabras temblaba de tal modo y aparentaba un terror tan grande, que no parecia sino que solicitaba que el adivino la tranquilizára, pero Cagliostro no desplegó sus lábios.

La curiosidad de la condesa fué mayor aun que su inquietud, y añadió resueltamente:

—¿Vamos, me contestais, señor

de Cagliostro?

—¿Cómo quereis que os conteste, señora, cuando nada me preguntais?

La condesa vaciló.

—Pero...

—Decididamente, condesa, me preguntais ó no.

La condesa hizo un esfuerzo, y despues de haber recobrado su valor, al notar la sonrisa que entreabria los labios de los concurrentes dijo:

—¡Pues bien! sí; me arriesgo á todo; decidme, pues, señor adivino, de qué modo concluirá Juana de Vaubernier, condesa de Dubarry.

—En el cadalso, señora, respondió el fúnebre profeta.

—¡Ah! ¡Eso es broma! ¿no es verdad, caballero? balbuceó la condesa con una mirada suplicante.

Pero Cagliostro, á quien habian impelido á hablar mal de su gra-

do, aparentó no haber visto nada, y respondió:

—¿Y por qué ha de ser broma?

—Porque para subir al patíbulo es preciso haber robado, asesinado ó cometido un crímen de esta especie, y segun todas las probabilidades no es fácil que yo lo cometa. Confesad, pues, que habeis querido asustarme.

—¡Ah! Dios mio, sí, dijo Cagliostro; es broma, como todo lo que yo he predicho.

La condesa prosiguió soltando una carcajada que un hábil observador hubiese hallado demasiado estrepitosa para ser natural.

—Esto es hecho, M. de Favras; no nos queda otro recurso que ir preparando nuestros carros fúnebres.

—¡Oh! eso será inútil para vos, condesa, dijo Cagliostro.

—¿Y por qué, caballero?

—Porque ireis al cadalso en una carreta.

—¡Oh! ¡qué horror! esclamó Mad. Dubarry. ¡Eso es ya una villanía!.... Marisacal, otra vez escoged convidados de otro humor, ó de lo contrario no volveré á vuestra casa.

—Tened presente, señora, dijo Cagliostro, que yo no tengo la culpa, puesto que lo habeis querido, como los demas.

—Pero me concedereis al menos el tiempo necesario para escoger mi confesor.

—Seria en vano, señora condesa, dijo Cagliostro.

—¿Por qué?

—Porque el último que subirá al patíbulo acompañado de un confesor, será...

—¿Quién?.... preguntaron todos.

—El Rey de Francia.

Y Cagliostro pronunció estas últimas palabras con voz tan débil y

tan lúgubre, que vinieron á ser como un soplo de muerte para los circunstantes, los cuales quedaron al escucharlas helados hasta el fondo del corazon.

Siguióse á ellas un silencio de algunos minutos. Mientras tanto acercó Cagliostro á sus lábios el vaso de agua en que habia leido todas aquellas sangrientas profecías; mas apenas lo tocó con ellos, le volvió á dejar, haciendo un gesto de repugnancia invencible, como si hubiera gustado una copa llena de hiel.

Mientras hacia este movimiento, la vista de Cagliostro se dirigió sobre Taverney.

—¡Oh! esclamó este último creyendo que el adivino iba á hablar; no me digais lo que me sucederá; yo no os lo pregunto.

—Pues yo sí os lo pregunto á mi vez, dijo Richelieu.

—Tranquilizaos, mariscal, dijo Cagliostro; sois el único de todos

nosotros que morirá en su cama.

– El café, vamos á tomar el café, dijo el viejo mariscal, alegre con su prediccion. El café! añadió haciendo una seña al moyordomo.

Todos se levantaron.

Pero antes de pasar al salon, el conde Haga dijo acerándose á Cagliostro:

—Caballero, no pienso huir de mi destino: mas decidme: ¿de qué debo desconfiar?

—De un manguito, señor, respondió Cagliostro.

El conde se alejó.

—¿Y yo? preguntó Condorcet.

—De una tortilla.

—Bien! Renuncio á los huevos.

—Y fué á reunirse con el conde.

—Y yo, dijo Favras, ¿de qué debo guardarme?

—De una carta.

—Está bien; gracias.

—¿Y yo? preguntó de Launay.

—De la toma de la Bastilla.

—Entonces estoy tranquilo.

Y se alejó riendo.

—¿Y yo, caballero?.... dijo la condesa temblando.

—Vos, bella condesa, huid de la plaza de Luis XV!

—Ay! respondió la condesa, ya un dia me estravié en ella, y he sufrido mucho. Aquel dia habia perdido la cabeza.

—Pues bien; esta vez tambien la perdereis, pero será para no volverla á hallar nunca.

Mad. Dubarry lanzó un grito y corrió al salon á incorporarse con los otros convidados.

Cagliostro se disponia á seguirla, pero le detuvo M. de Richelieu, diciéndole:

—Un momento, señor conde: ya no quedamos mas que Taverney y yo á quienes nada habeis vaticinado, mi querido hechicero.

—Ya sabeis, señor mariscal, que

M. de Taverney me ha suplicado que nada le dijese, y vos por vuestra parte tampoco me habeis preguntado nada.

—Mas, para probar el poder de vuestra ciencia, ¿no podriais decirnos una cosa que solos el baron y yo sabemos?

—¿Qué? preguntó Cagliostro sonriéndose.

—Lo que viene á hacer á Versalles este pobre Taverney, en lugar de vivir en la lindisima posesion de Maison-Rouge, que el Rey compró para regalársela hace tres años.

—Nada mas sencillo, señor mariscal, respondió Cagliostro. Hace diez que ese caballero quiso dar su hija Andrea al Rey Luis XV, pero no lo consiguió.

—¡Hum! murmuró Taverney.

—Hoy este caballero quiere dar su hijo, Felipe de Taverney, á la Reyna Maria Antonieta. Preguntadle si miento.

—¡Lléveme el diablo, dijo Taverney temblando, si es no brujo este hombre!

—Poco á poco, repuso el mariscal, no hables del diablo con tan poca ceremonia, camarada.

—¡Esto es espantoso! ¡espantoso! murmuró el baron.

Y se volvió hácia Cagliostro para implorar por última vez su discrecion; mas este habia ya desaparecido.

—Ea, Taverney, vamos á la sala, le dijo su amigo; no sea que tomen el café sin aguardarnos, ó se ponga frio, que es peor.

Y se marchó corriendo.

Pero la sala estaba desierta, ninguno de los convidados habia tenido valor para mirar otra vez cara á cara al autor de tan terribles predicciones.

Las bujías ardian sobre los candelabros; el café humeaba en las tazas; el fuego chisporroteaba en

la chimenea.

—¡Inútiles preparativos!

—Segun parece, vamos á tomar café mano á mano: camarada, prosiguió diciendo Richelieu: pero..... ¿dónde diablos te has metido?

Y echando una ojeada á los rincones del aposento vió que el viejo Taverney se habia marchado en pos de los demas.

—¡Es igual! esclamó el mariscal sonriéndose con una malicia digna de Voltaire, y restregándose las blancas y delgadas manos llenas de sortijas, lo cierto es que, entre todos mis convidados, he de ser el único que muera en su cama. ¿En mi cama, eh? Yo no la echo de incrédulo, conde de Cagliostro: moriré en mi lecho todo lo mas tarde que pueda. ¡Hola! ¿y mi elixir?

El ayuda de cámara entró con un frasco en la mano, y amo y criado pasaron al dormitorio.

FIN DEL PROLOGO.

LAS DOS INCÓGNITAS.

El invierno de 1784, ese mónstruo que devoró una sesta parte de los habitantes de la Francia, rugia á las puertas del palacio del duque de Richelieu, si bien nosotros no hemos podido verlo ni oirlo hasta ahora, porque hemos permanecido durante el prólogo en el comedor caldeado y lleno de perfumes de aquel magnate.

La escarcha que empañaba los

cristales, era una especie de lujo que la naturaleza añadia al lujo del hombre.

El invierno aparece vestido con sus diamantes, sus polvos blancos y sus recamados de plata, ante el poderoso que sale á la calle forrado de pieles y metido en un abrigado carruaje, ó se queda en su casa envuelto entre algodon, terciopelo y seda, aspirando una atmósfera artificial, graduada á su placer. El yelo, la intempérie, el temporal de cualquier género, no son para él mas que un cambio de decoracion, que ve ejecutar, resguardado detrás de los cristales de sus balcones, á ese grande y eterno maquinista que llamamos Dios.

Efectivamente; el que tiene calor puede recrearse contemplando los árboles denegridos ó cubiertos de nieve, y encontrar encantos en la monótona perspectiva que ofrecen las llanuras, en el invierno.

El que siente subir á su cerebro el perfume de las esquisitas viandas que van á serle presentadas á su mesa, puede aspirar por espacio de algunos minutos, y al través de un postigo entreabierto, el cierzo áspero, el vapor glacial de la nieve.

Aquel, en fin, que despues de un dia para él lleno de placeres, y de sufrimiento para millones de conciudadanos suyos, se tiende sobre mullidos colchones, y entre finísimas y calientes sábanas, puede decir, como el egoista de que habla Lucrecio y glorifica Voltaire, que este es el mejor de los mundos, y que todo marcha en él del mejor modo posible.

Pero el que tiene frio, no ve las galas de la naturaleza, tan ricamente ataviada con su manto blanco, como con su manto verde.

El que tiene frio ó hambre se abate hácia la tierra en vez de re-

montarse hácia el cielo, el cielo sin sol está por consecuencia sin sonrisa para el desgraciado.

En la mencionada época, y á mediados del mes de Abril, trescientos mil desgraciados exánimes de hambre y de frio, vagaban por las calles de la capital de Francia, en donde, bajo el pretesto de que encerraba mayor número de ricos que otra ciudad cualquiera, no se habia adoptado medida alguna para evitar que los pobres fuesen víctimas de la miseria, y de la crudeza de la estacion.

Despues de los cuatro meses de invierno que iban transcurridos, la miseria atraia á las ciudades á los infelices de las aldeas, del mismo modo que el frio suele atraer á las aldeas á los lobos de la montaña.

No habia pan ni leña.

Las provisiones escasas que en Paris se habian hecho, fueron consumidas al mes: la autoridad mu-

nicipal, tan incapaz como imprevisora, no acertaba á encontrar un medio para conducir á aquel Paris, cuya administracion le habia sido confiada, las doscientas mil cargas de carbon y leña que habia disponibles á las inmediaciones de la capital, y en un rádio de diez leguas á lo sumo.

Cuando helaba, daba por escusa lo intransitable de los caminos y cuando sobrevenia el desyelo, alegaba la falta de medios de conduccion. Luis XVI, por su parte, siempre bondadoso y siempre humano, el primero á quien llamaban la atencion las necesidades físicas del pueblo, aunque desconocia sus necesidades sociales, empezó por invertir en la compra de caballerias y de carruages la suma de doscientas mil libras, sacadas de sus arcas, y mas tarde sometió unas y otros á una requisicion.

Era tal el consumo, sin embargo,

que se agotaban en un momento todos cuantos artículos se traian de fuera. Para hacer frente á esta calamidad se trató de poner límites á las compras y asi se hizo en efecto: á nadie le fue permitido sacar del almacen general mas de una carga de leña, que se redujo á media á los pocos dias. A pesar de esto, veíase siempre agolpada á las puertas de los almacenes una multitud de personas, como debia verse mas adelante en las puertas de los tahoneros.

El Rey agotó en limosnas todo el dinero de su tesoro: decretó despues un impuesto de tres millones sobre las concesiones de privilegios, y aplicó esta cantidad para socorro de los pobres, declarando que toda urgencia debia ceder ante la urgencia del frio y del hambre.

La Reina por su parte dió tambien quinientos luises de sus ahorros. Los conventos, hospitales y edificios públicos se convirtieron en casas de

asilo; y á imitacion de lo que se hacia en el palacio real, se abrian todas las puertas cocheras de todas las casas principales por órden de sus dueños, para dar entrada en los patios á los pobres que acudian á acurrucarse alrededor de una gran hoguera que en ellos se hacia.

Asi se esperaba á que la estacion perdiese su crudeza.

¡Mas el cielo estaba inflexible! Todas las tardes se estendia por el firmamento una cinta de color rojizo: la bóveda celeste brillaba seca y fria, y la helada de la noche condensaba de nuevo la nieve que durante el sol de medio dia comenzaba á derretirse.

Durante el dia miles de obreros armados de palas y picos quitaban la nieve y el yelo á lo largo de las casas, formando en el centro de las calles, demasiado estrechas casi todas, un doble terraplen espeso y húmedo que obstruia el paso. Los

pesados carruages y las caballerías resbalando y cayendo á cada paso, apisonaban mas y mas aquellos muros cristalinos, que los transeuntes atravesaban espuestos al triple peligro de hundirse, de caerse, ó de chocar unos con otros.

Bien pronto los montones de nieve y de yelo fueron tan grandes, que las tiendas quedaron cubiertas, los pasajes obstruidos, y fue preciso renunciar á romper el yelo, por carecer de los medios suficientes de acarrearlo fuera de la ciudad.

Paris se dió por vencido, y dejó de luchar con el invierno. Diciembre, Enero, Febrero y Marzo se pasaron de este modo. Algunas veces un desyelo de dos ó tres dias convertia la poblacion en un Océano, por hallarse desprovista esta de pendientes y de sumideros.

En aquellos momentos no podian atravesarse ciertas calles sino á nado. La impetuosidad de las corrien-

tes era tal, que arrebató á algunos caballos, los cuales se ahogaron en ellas. Los carruajes puede decirse que se convirtieron en embarcaciones.

Paris, fiel á su carácter, se mostraba alegre ante los peligros originados por el desyelo, como se habia manifestado risueño ante las muertes producidas por el hambre. Las gentes acudian en procesion á los mercados para ver á las vendedoras corriendo de aqui para allá, calzadas con grandes botas de cuero, vestidas con pantalones, y con las faldas rodeadas á la cintura. Todos reian y gesticulaban, llenándose unos á otros de lodo en aquel pantano. Pero como la blandura era pasajera y el yelo de la víspera se convertia al dia siguiente en un diáfano cristal, los trineos reemplazaban á las carrozas y corrian sobre el empedrado de las calles, convertidos en un espejo, impelidos por

los patinadores ó arrastrados por caballos herrados á propósito. Helado el Sena hasta una profundidad de muchos pies, se habia convertido en el entretenimiento de los ociosos, donde se ejercitaban en correr, es decir, en dejarse caer deslizándose por la superficie helada, en patinar, y en toda clase de juegos, hasta que acalorados por aquella especie de ejercicios gimnásticos, acudian á las chimeneas ó estufas mas próximas para que el sudor no se les quedase congelado sobre la piel.

Preveíase ya el momento en que las comunicaciones por agua y por tierra iban á quedar interrumpidas, en que iban á faltar los víveres, y en que aquel corpulento gigante llamado París debia de sucumbir por la falta de alimentos, como aquellos monstruos cetaceos que despues de consumír los peces pequeños del reducido espacio en que suelen verse encerrados por los yelos

polares, mueren de inanicion por no poder escapar, como sus víctimas, y llegar á zonas mas templadas, á aguas mas fecundas.

En este apuro, mandó el Rey reunir su consejo, y en él se decidió enviar de París á sus respectivas provincias á los Obispos, abades y monges poco cuidadosos de sus feligreses, á los gobernadores é intendentes de provincia que habian fijado en la córte su residencia, y á los magistrados, por último, que preferian la ópera y el mundo á sus sillones bordados de flores de lis.

Todas estas gentes hacian, con perjuicio del pobre, gran consumo de leña en sus ricas chimeneas, y de víveres en sus inmensas cocinas.

Todavia quedaban los magnates de provincia á quienes se quiso precisar tambien á hacer otro tanto, y ordenarles que se fueran á habi-

tar sus castillos. Pero M. de Lenois superintendente de policía, hizo presente al Rey que como ninguno de ellos era culpable, no podia obligárseles á salir de un dia para otro y emplearian por consecuencia toda la lentitud que su mala voluntad y el mal estado de los caminos justificarian en cierto modo, y que para cuando verificasen su marcha ya habria desaparecido el yelo. Esta consideracion y la de que semejante medida podia producir graves inconvenientes, hicieron que se desistiera de ella.

Sin embargo, la piedad del Rey, que agotó sus arcas, y la filantropía de la Reyna, que distribuyó todos sus ahorros, habian escitado el reconocimiento ingenioso que consagró con monumentos tan efímeros como el mal y como el bien la caridad que Luis XVI y la Reyna habian ejercido con los indigentes. Asi como en otros tiempos se erigian trofeos en honra

del general vencedor, con las armas de los enemigos vencidos por su pericia, los parisienses levantaron obeliscos de nieve y de yelo en honra de su Rey y de su Reyna, sobre el mismo campo de batalla en que luchaban contra la crudeza del invierno. Todas las clases trabajaban en ellos; el jornalero con sus brazos, el obrero con su industria, el artista con su talento, y el pobre literato, hasta cuya bohardilla habian llegado los beneficios del monarca, daba en ofrenda una inscripcion dictada mas bien por el corazon que por el talento.

A fines de Marzo sobrevino por último el desyelo; pero de una manera desigual, incompleta, y con nuevas heladas que prolongaban la miseria, el martirio y el hambre de la poblacion parisiense; al mismo tiempo que conservaban en pie y consolidaban sus monumentos de nieve.

Nunca habia sido tan grande la miseria como en este último periodo. Los rayos de un sol tibio y opaco hacian mas crudas las noches; los grandes témpanos de hielo derretidos que iban al Sena, lo sacaban de madre; y habiéndose verificado en los primeros dias de abril una de aquellas reapariciones de crudeza que hemos mencionado, los obeliscos, de los cuales habia corrido ya aquel sudor que presagiaba su muerte, se petrificaron de nuevo quedando informes y aminorados; los boulevares y malecones se cubrieron con una hermosa capa de nieve, y volvieron á aparecer los trineos, los cuales, asi como las carretelas y los ligeros cabriolés, eran el terror de las gentes por el poco ruido que metian, y porque muchas veces no podian huir de ellos á causa de las murallas de yelo, y caian bajo las ruedas.

En pocos dias París se llenó de

heridos y muertos. Veíanse en las calles hombres con las piernas rotas de una caida sobre el yelo, ó con los pechos magullados por las lanzas de los carruages, que llevados de la velocidad de la carrera, no habian podido detenerse sobre la escarcha. Entonces trató la policia de librar de semejantes peligros á los que se habian salvado del frio, del hambre y de las inundaciones, imponiendo multas á los ricos que atropellaban á los pobres con sus carruajes. En aquel tiempo de privilegios tambien le habia en el modo de conducir los caballos; un príncipe de la sangre corria á todo escape y sin decir ¡lado! ; un duque y par, un caballero y una prima donna de la ópera, al trote largo; un presidente y un asentista, al trote; los elegantes conducian por sí mismos sus cabriolés á buen paso, y los jockeys colocados á su espalda no daban la voz de aviso, sino despues

de haber atropellado sus amos á un infeliz.

Pero mientras que los parisienses veian deslizarse sobre los boulevards elegantes trineos; mientras que admiraban la belleza de las damas de la corte, envueltas en sus pieles de armiño y deslizándose como meteoros sobre la superficie reluciente de la escarcha; mientras que los cascabeles dorados, los filetes de púrpura y los penachos de los caballos entretenian á los niños encaramados sobre los malecones, el ciudadano parisiense olvidaba la incuria de los agentes de policía y la brutalidad de los cocheros, y el pordiosero olvidaba, aunque por cortos instantes la miseria, habituado como aun estaba á sufrir el patronato de los ricos y de los que afectaban serlo.

En los momentos que acabamos de recordar y ocho dias despues de la comida dada en Versalles por Mr.

de Richelieu, entraban en París, aprovechando una mañana de buen sol, cuatro elegantes trineos, deslizándose por la nieve endurecida que cubria la Cours-la-Reine, y la estremidad de los boulevards á la salida de los Campos-Eliseos. Fuera de París la nieve puede guardar por largo tiempo su blancura virginal, porque se pisotea muy poco. En la ciudad, por el contrario, cien mil pisadas por hora ennegrecen en seguida el blanco manto del invierno. Los trineos que habian corrido en seco sobre la carretera, se detuvieron á la entrada del boulevard, es decir, en el paraje en que el lodo comenzaba á reemplazar la nieve. En efecto, el sol durante la mañana habia ablandado la atmósfera, produciendo un desyelo momentáneo; decimos momentáneo, porque la frialdad del viento prometia para la noche una buena escarcha de esas que

queman en Abril las primeras hojas y las flores.

El primer trineo conducia dos hombres arropados con unas hopalandas oscuras de paño con cuello doble; la única diferencia que se notaba en su trage era, que el uno tenia los botones de metal, y el otro de seda, lo mismo que los adornos.

El carruaje de estos dos hombres, tirado por un caballo negro, de cuyas narices salian espesos vapores, precedia á otro, sobre el cual dirigian de vez en cuando su vista como para vigilarle.

En este segundo carruaje iban dos mugeres tan completamente envueltas y tapadas con sus abrigos, que apenas se distinguian sus facciones: podria casi añadirse que era dificil conocer á qué sexo pertenecian, á no ser por su tocado, que permitia entrever un pequeño sombrero, cuyas plumas ondeaban agi-

tadas por el aire.

De la cima de aquel colosal peinado, lleno de rubies y piedras preciosas, se desprendia una nube de polvo blanco, como se desprende en el invierno una nube de escarcha de las ramas de los árboles sacudidas por el viento.

Estas dos señoras que iban muy unidas, hablaban entre sí sin prestar la menor atencion á los numerosos espectadores que las contemplaban cuando pasaban por el boulevard.

Nos hemos olvidado de decir que despues de un momento de descanso habian emprendido de nuevo su carrera.

Una de ellas, la mas alta, aplicaba á sus lábios un pañuelo bordado de fino batista, y tenia la cabeza erguida é inmóvil, á pesar de la rápida carrera que llevaba el trineo. Las cinco acababan de dar en la iglesia de Sainte-Croix-

d'Antin; la noche comenzaba á estenderse sobre París, y con la noche comenzaba á crecer el frio.

A esta sazon, los carruajes habian llegado á la puerta de Saint-Denis.

La señora del trineo, que tenia el pañuelo en la boca, hizo una señal á los dos hombres de la vanguardia que se habian adelantado, quienes aceleraron el paso del caballo negro, y en seguida se volvió á la retaguardia compuesta de otros dos trineos conducidos por dos áurigas sin librea, que obedeciendo á su vez á la señal que aquella les dirigió, desaparecieron por la calle de Saint-Denis, en cuya oscuridad se perdieron.

Como hemos dicho ya, el trineo de los hombres habia adelantado al de las señoras, y concluyó por desaparecer entre las primeras sombras de la noche, que aparecian

mas densas en las inmediaciones de la Bastilla.

El segundo trineo se detuvo al llegar al boulevard de Mensilmontant, en donde apenas se veia un alma, merced á la frialdad de la noche, y á lo arriesgado que era transitar por tan retirado barrio sin luz y sin compañia, desde que el invierno habia convertido en ladrones á tres ó cuatro mil pordioseros.

La señora de quien hemos hablado á nuestros lectores, tocó con la punta del dedo la espalda del cochero que conducia el trineo, y este se detuvo.

—Weber, le dijo, ¿cuánto tiempo necesitas para conducir el cabriolé al punto donde sabes?

—¿Quiere la señora que prepare el cabriolé? preguntó el cochero con un acento aleman de los mas pronunciados.

—Sí, Weber: asi como asi las calles

están mas enlodadas que los boulevards y caminariamos muy mal en trineo. Ademas siento algun frio, y vos tambien, no es verdad, querida, añadió dirigiéndose á su compañera.

—Sí, señora, respondió esta.

—Ya lo oyes! Weber: con el cabriolé donde sabes.

—Bien está.

—¿Cuanto tiempo necesitas?

—Treinta minutos.

—¿Qué hora es? añadió volviéndose á su compañera.

La mas jóven de las dos señoras sacó entonces su reloj, y despues de mirar la esfera á la escasa luz del crepúsculo, respondió:

—Las seis menos cuarto.

—Pues de aqui á una hora... Weber; ya lo oyes.

Y al decir esto la señora saltó con ligereza del trineo, dió la mano á su amiga y se alejó, mientras que el cochero, haciendo un gesto de

respetuosa murmuracion, dijo en voz bastante alta para que llegase á oidos de su señora:

—¡Qué imprudencia, Dios mio! ¡Qué imprudencia!

Las dos jóvenes se miraron riendo, se envolvieron con sus capotones de pieles, cuyos cuellos les tapaban las orejas, y atravesaron la calle de árboles del boulevard, entreteniéndose en hacer crugir la nieve bajo sus pequeños pies, calzados con chinelas bien forradas.

—Vos, que teneis buena vista, Andrea, dijo la señora que representaba mas edad, y que sin embargo no pasaba de treinta á treinta y dos años, mirad si podeis leer en esta esquina el nombre de la calle.

—Calle de Pont-aux-Choux, repuso la jóven riendo.

—Dios mio! ¿qué calle es esa? En mi vida la he oido nombrar. Si nos habremos perdido! Me ha-

bian dicho la décima calle de la derecha. ¿No notais que huele á pan caliente?

—Nada tiene de particular, respondió su compañera, pues estamos á la puerta de una tahona.

—Entonces, preguntemos en ella por la calle de Saint-Claude.

Y al pronunciar estas palabras, hizo un movimiento como para dirigirse á la puerta.

—No entreis, señora, dejadme á mí.

—¿Preguntábais, les dijo á esta sazon una voz que sonó á su espalda, por la calle de Saint-Claude?

—Las dos mugeres se volvieron con viveza y vieron detras de sí, en la puerta de la tahona, á un mozo que llevaba el pecho y las piernas al aire, á pesar del frio que hacia.

—¡Un hombre desnudo! dijo la mas jóven, ¿estamos en la Oceania

por ventura?

Y haciendo un movimiento repentino fue á ocultarse detrás de su compañera.

—¿Buscábais la calle de Saint-Claude? repitió el mozo, que no comprendió el movimiento hecho por la jóven, y que habituado á su traje estaba muy lejos de atribuirle la fuerza centrífuga que habia causado.

—Sí, amigo mio, respondió la mayor de las dos comprimiendo la risa.

—No es difícil de hallar; pero con todo, mejor será que yo os acompañe: y uniendo el hecho al dicho, empezó á mover sus largas y delgadas piernas, á cuyos estremos llevaba dos zapatos enormes, como dos falúas.

—No, no, dijo la de mas edad, temiendo sin duda que la viesen con semejante conductor; indicadnos únicamente la calle y nosotras la bus-

caremos.

—La primera á la derecha, a-rt pondió el mozo retirándose discreemente.

—Gracias, dijeron á un tiempo las dos señoras: y echaron á andar en seguida en la direccion que les habia señalado el tahonero, ocultando su risa con los manguitos.

INTERIORIDADES DE UNA CASA.

Séanos permitido creer, sin que se nos achaque por ello que contamos demasiado con la memoria de nuestros lectores, que estos no habrán olvidado quizás aquella calle de Saint-Claude que desemboca por el Este en el boulevard, y en la de Saint-Louis por el Oeste, y por la cual han visto discurrir en otro tiempo, es decir, cuando el gran médico José Bálsamo vivia en ella con su sibila

Lorenza y su maestro Althotas, á mas de un personage de los que han representado y representarán papel en esta historia.

La calle de Saint-Claude, lo mismo en 1784 que en 1770, época en que llevamos á ella por primera vez á nuestros lectores, era una calle modesta, menos clara y limpia de lo necesario; poco frecuentada, exhausta de edificios y poco conocida. Pero el nombre de Santo que llevaba y el hallarse situada en el barrio del Marais, compensaban estas faltas en cierto modo, puesto que como tal cobijaba en las tres ó cuatro casas que la componian, muchos pobres pecheros, muchos pobres mercaderes, y muchos pobres de solemnidad que no se hallan inscritos en los libros de la parroquia.

Ademas de estas tres ó cuatro casas, tenia por el lado del boulevard un palacio de grande apariencia, con el cual hubiera ella podido

envanecerse, no sin algun fundamento de poseer un edificio aristocrático; pero este edificio, por cuyas elevadas ventanas podía quedar iluminada toda la calle el dia que hubiese un sarao en él, con el simple reflejo de sus candelabros y sus arañas, era al mismo tiempo el mas denegrido, el mas silencioso y el mas desamparado del barrio.

Su puerta no se abria jamás, y sus ventanas almohadillas de cuero, tenian sobre cada hoja de las persianas y sobre cada uno de sus postigos una capa de polvo, cuya fecha harian subir los fisiólogos y naturalistas á diez años.

De vez en cuando aproximábanse á su puerta cochera alguno que otro ocioso, y tal cual curioso vecino para examinar por el agujero de la cerradura el interior de la casa, y no veian en ella sino montones de yerba hacinada sobre el pavimento, cuyo enlosado estaba cubierto de mus-

go y de maleza; el único ser animado que habian logrado distinguir en estas esploraciones era una enorme rata, soberana absoluta de aquel abandonado dominio, la cual solia atravesar el patio tranquilamente para ir á ocultarse en los sótanos: modestia bien supérflua por cierto si atendemos á que tenia á su disposicion salones y gabinetes muy cómodos, en los cuales no podian penetrar los gatos.

Si el esplorador era un paseante ocioso, continuaba su camino, asi que se cercioraba de la soledad interior del edificio; cuando era un inquilino de la misma calle el que miraba, como su interés era mayor, solia detenerse alli el tiempo bastante para que se le aproximase otro vecino, y entonces solia por lo regular entablarse entre ellos un diálogo, que en el fondo, si no en sus detalles, debia hallarse concebido sobre poco mas ó menos en los siguien-

tes términos:

—Vecino, decia el que no estaba en posesion del agujero de la cerradura ¿qué veis en la casa del señor conde de Bálsamo?

—Veo, respondia aquel á quien iba dirigida la pregunta, la rata de siempre.

—¡Ah! ¿Está ahí? Pues hacedme el favor de dejarme mirar á mí tambien.

Y el segundo curioso se instalaba á su vez en la cerradura.

—¿La veis? la veis? preguntaba entonces el desposeido.

—Sí, sí, respondia el otro; ¡válgame Dios, y cómo ha engordado!

—¡Bah!

—Digo que sí; estoy seguro de ello.

—Nada tendrá de estraño tampoco, puesto que nadie la incomoda.

—Ademas de que, dígase lo que se quiera, la despensa de la casa

debe hallarse bien surtida.

—¡Bien surtida!

—¡Diantre! ya lo creo; el señor conde de Bálsamo desapareció de un modo demasiado repentino, para no dejarse olvidado algo.

—Estais fresco: ¿qué diablos puede quedar olvidado en una casa medio destruida por el incendio?..

—Es probable que tengais razon.

Y despues de mirar otra vez alternativamente la rata, se separaban uno de otro, asustados de haber dicho tanto sobre un asunto tan delicado y misterioso.

En efecto, despues del incendio de la casa, ó por mejor decir, de una parte de esta casa, Bálsamo habia desaparecido, dejándola en el mayor abandono, y sin hacer en ella la mas pequeña reparacion.

Dejémosla, pues, elevarse sombría en medio de la noche, con sus

azoteas cubiertas de nieve, y sus tejados denegridos por las llamas, ya que no nos ha sido posible pasar por delante de ella sin detenernos un instante á saludarla como á un antiguo conocido. Despues, atravesando la calle de izquierda á derecha, hagamos alto al frente de otra casa, elevada y angosta, que tiene un jardin cercado de un grueso muro, y la cual se dibuja como una torre blanca sobre el cerúleo color del cielo.

En el tejado de esta casa elévase una chimenea que parece un para-rayos, al estremo de cuyo puntiagudo remate se ve rielar en lontananza una brillante y luminosa estrella.

El último piso de aquella quedaria perdido en la densidad del espacio, á no ser por un rayo de luz que se ve salir por dos de las tres ventanas abiertas en su fachada.

Los pisos inferiores yacen en la oscuridad y en el silencio mas profundo. ¿Consistirá esto en que se hallan ya entregados al sueño los que en ellos habitan, ó lo hacen acaso por economizar la luz y la leña, artículos ambos tan escasos como costosos en la época á que nos referimos? Pero sea cual fuere la causa, lo cierto es que los cuatro pisos primeros no dan señal alguna de vida, al paso que el quinto, no solamente vive, sino que hasta se halla iluminado con cierta afectacion.

Llamemos á la puerta; subamos por su escalera sombrias y no nos paremos hasta llegar a este quinto piso, en el cual hallaremos algo concerniente á nuestra historia. Para conseguirlo, es preciso encaramarse desde el cuarto por una especie de escalera portátil que se halla fija en la pared.

El estremo del cordon de la cam-

panilla es una pata de ciervo; un ruedo de esparto, un limpia pies de madera son los únicos muebles que se ven á su entrada.

Pasada la primera puerta, hallaremos una habitacion oscura y desamueblada, cuya ventana es aquella que no despide luz. Esta habitacion viene á ser una especie de antecámara de la inmediata cuyo mueblaje es digno de llamar nuestra atencion, y de la cual haremos una descripcion tan detallada como nos sea posible.

Lo primero que se advierte en ella son los toscos ladrillos de su pavimento, sus puertas groseramente pintadas, tres sillones de madera blanca guarnecidos de terciopelo amarillo, y un pobre sofá, cuyos cogines están llenos de arrugados pliegues, producidos por el demasiado uso, y por la accion del tiempo.

Los pliegues y la flexilibidad vie-

nen á ser las arrugas y la atonía de un viejo sillon: su asiento, en la juventud, brinca y se viene detras de nosotros; cuando llega á una edad avanzada, sufre pacientemente el peso del que le ocupa, en vez de rechazarlo; cuando llega á la decrepitud, cuando ha sido vencido, cruje y rechina.

Dos retratos, pendientes de la pared, son los únicos cuadros que se atraen las miradas. La luz de una vela y de una capuchina, colocadas sobre la chimenea y sobre un velador, refleja de tal modo sobre aquellos, que parecen dos focos de luz.

El primero de estos retratos, de prolongado y pálido semblante, de apagado mirar, barba puntiaguda, rizado cuello, y con un lijero birrete en la cabeza, es notable por su semejanza, y representa á Enrique, III Rey de Francia y de Polonia.

Al pie de él y sobre un marco

pésimamente dorado, se lee la siguiente inscripcion:

ENRIQUE DE VALOIS.

El otro, cuyo dorado es mas reciente, y que conserva mas fresca la pintura, es tambien bastante antiguo, y representa á una jóven de ojos negros, de nariz recta y delicada, de pómulos un si es no es juanetudos y de circunspecta boca. El peinado con que está retratada es una especie de promontorio formado de cintas y cabellos, al lado del cual presenta el birrete de Enrique III la desproporcion que existe entre una topinera y una pirámide.

En su marco se ve tambien escrito con letras negras el siguiente nombre:

JUANA DE VALOIS.

Si despues de contemplar estos retratos y de escudriñar aquella habitacion angosta y reducida asi como tambien aquellas cortinas miserables, detras de las cuales se oculta un lecho de damasco amarillento, se quiere saber la conexion que estos objetos tienen con los inquilinos del quinto piso, no hay mas que volver los ojos hácia una pequeña mesa de encina, sobre la cual está revisando una jóven vestida con la mayor sencillez una porcion de cartas, cuyas cubiertas se ven separadas á un lado, y se notará que es el original de uno de los retratos.

A tres pasos de la mesita donde estaba verificando la indicada jóven aquella especie de escrutinio, veíase en una actitud mezclada de curiosidad y de respeto, una viejecita de sesenta años de edad próximamente vestida como una dueña de Greuze, y la cual esperaba las

órdenes de su señora con la vista fija en los papeles.

Pero la inscripcion que se leia en el marco del retrato decia *Juana de Valois*. ¿Cómo era, pues, que Enrique III, el Rey sibarita, voluptuoso y munificente por escelencia, soportaba el espectáculo de semejante miseria, tratándose de una persona de su familia y que llevaba su mismo nombre?

Por lo demas el esterior y las maneras de la inquilina del quinto piso estaban muy en armonia con su preclara estirpe. Sus manos eran blancas y de un cutis finísimo, y para calentárselas cruzaba de vez en cuando los brazos; sus pies de un tamaño fabulosamente pequeños estaban calzados con unas chinelas de terciopelo de bastante buen gusto, y para hacerlos entrar tambien en calor, heria con ellos repetidas veces el pavimiento frio y reluciente como el yelo que cubria las ca-

lles de Paris.

De tiempo en tiempo, y cuando silbaba el aire por debajo de las puertas y por las grietas de las ventanas, la vieja criada se encogia tristemente de hombros y dirigia melancólicas miradas sobre el hogar de la apagada chimenea.

La jóven por su parte proseguia contando y repasando las cartas, y despues de leer cada sobre, se detenia para hacer un cálculo en esta forma:

—Mad. de Missery, primera dama de honor de S. M., me remitirá cuando mas seis luises, porque ya me ha socorrido diferentes veces.

Y exhalaba en seguida un hondo suspiro.

—Mad. Patrix, proseguia luego, camarista de la Reyna, dos luises.

—M. d' Otmesson me proporcionará una audiencia.

—M. de Calonne me promete un consejo.

—M. de Rohan una visita; procuraremos hacer de modo que no sea una sola, añadió la jóven sonriendose.

—Resulta, pues, continuó con el mismo tono salmódico, que de aqui á ocho dias podemos contar con ocho luises seguros.

Y alzando la cabeza, dijo dirigiéndose á su criada:

—Señora Clotilde, despavilad esa vela.

La vieja ejecutó esta órden y se volvió á su sitio pausadamente y sin separar la vista de su ama.

Cansada la jóven de esta especie de vigilancia inquisitorial, añadió despues:

—Mirad á ver si hallais par ahi algun cabo de cera, y traédmele, porque no puedo sufrir el tufo del sebo.

—Es escusado, porque no le en-

contraré.

—Vedlo, sin embargo.

—¿Dónde?

—¿Qué sé yo? por ahí: en el recibimiento... en cualquier parte.

—Es que hace tanto frio...

—Esperad.... han llamado á la puerta, si no me engaño; dijo la jóven.

—No he oido nada; repuso la testaruda vieja; es muy probable que os hayais equivocado.

—Tal vez; murmuró aquella.

Y viendo que la vieja se resistia, cedió de su empeño regañando en voz baja, como suelen hacerlo aquellas personas que dejan por cualquier motivo que tomen ascendiente sobre ellas sus inferiores, y que se crean con algunos derechos que no debian pertenecerles.

En seguida repitió, volviendo á sus anteriores cálculos:

—Ocho luises: de los cuales debo tres en el almacen.

Y tomando la pluma, apuntó esta cantidad.

Tres luises!.... repitió, leyendo el número que acababa de escribir. Cinco, que he prometido á M. de la Motte, para hacerle soportable su residencia en Barsur-Aube. ¡Pobre diablo! nuestro casamiento no le ha enriquecido gran cosa; ¡cómo ha de ser! que tenga paciencia.

Despues continuó sonriéndose y mirándose á un espejo que habia entre los dos retratos:

—Pongamos ahora un luis mas por los viages de ida y vuelta desde París á Versalles.

Y lo apuntó en la columna de gastos.

—Otro para el consumo de casa en ocho dias.

Y lo escribió tambien.

—Adornos, carruages y gratificaciones á los porteros de las casas de aquellos á quienes voy á visitar

para que apoyen mis pretensiones, cuatro luises. ¿Falta algo mas? se preguntó á sí misma. Sumemos.

Pero apenas habia empezado esta operacion, cuando la interrumpió repentinamente diciendo á la vieja:

—Que han llamado! repito.

—No es aqui, señora; repuso la criada arrellanándose en su silla; es en el cuarto piso.

—Cuatro, seis, once, catorce luises, dijo la jóven recorriendo la suma: seis mas de los que espero..... y ademas tengo que reponer mi guarda-ropa, y que pagar á esta vieja estúpida para echarla á la calle.

De repente volvió á esclamar, llena de cólera:

—¿No decia yo bien que estaban llamando? testaruda!

Esta vez no podia caber ni la duda mas remota: el oido mas tor-

pe no hubiera dejado de sentir la vibracion de la campanilla, la cual chocó repetidas veces contra la pared á causa de la violencia con que habian tirado del cordon.

A este ruido, y mientras que la vieja, decidiéndose al fin á levantarse, corria presurosa á la antecámara, su ama, ágil como una hardilla, recogió las cartas y papeles que sobre la mesa habia esparcidos, los metió en un cajon, y despues de echar en torno de la estancia una mirada para cerciorarse de que todo estaba en órden, fué á sentarse en el sofá, y tomó la actitud triste y modesta de una persona llena de sufrimientos al par que resignada.

Debemos apresurarnos á decir, sin embargo, que únicamente sus miembros participaban de esta aparente tranquilidad. Sus miradas activas, inquietas y vigilantes interrogaban al espejo, en cuyo cris-

tal se reflejaba la puerta de la escalera, al mismo tiempo que escuchaba con la mayor atencion para no perder ni una de las palabras que se pronunciasen.

Asi que la dueña franqueó la entrada, llegó á sus odios una voz fresca, suave é impregnada de cierto acento de firmeza, la cual preguntó:

—¿Es aqui dónde vive la señora condesa de La Motte?

—¿La señora condesa de La Motte Valois? preguntó con voz nasal la señora Clotilde.

—Tanto monta, buena muger. ¿Pero, está en casa?

—Sí, señora; aunque se halla bastante enferma para poder salir.

Durante este coloquio, del cual no habia perdido ni una sílaba la presunta enferma; vió por medio del espejo que era una señora quien preguntaba á Clotilde, y que esta se-

ñora, segun todas las apariencias, debia pertenecer á una clase elevada de la sociedad.

Levantóse entonces del sofá, y fue á sentarse en el sillon, para dejar á la estrangera el sitio preferente.

Este movimiento le impidió ver el que hizo la señora que acababa de preguntar por ella, al volverse hácia la puerta para decir á otra persona que ocultaba la oscuridad:

—Podeis entrar, señora: Mad. de La Motte no ha salido.

Oyóse en seguida el ruido que hizo la puerta al cerrarse, y las dos señoras, á quienes vimos antes preguntar por la calle de Saint-Claude, entraron en la antecámara de la señora condesa de La Motte de Valois.

—¿Os dignareis decirme á quienes voy á tener la honra de anunciar? preguntó Clotilde alzando la

palmatoria y poniéndola á la altura de sus semblantes con una curiosidad acompañada de inequívocas señales de respeto.

—Anunciad á dos señoras que pertenecen á la sociedad de beneficencia, dijo la de mas edad.

—¿De París?

—No; de Versalles.

Clotilde entró en la habitacion de su ama seguida de las dos estrangeras. Juana de Valois se levantó de su sillon aparentando un grande esfuerzo, y saludó cortesmente á las dos recienllegadas.

Clotilde acercó los sillones á fin de que estas escogiesen entre ellos y el sofá, y se retiró en seguida á la antecámara con una lentitud que revelaba de una manera ostensible su propósito de ponerse á escuchar detrás de la puerta.

JUANA DE LA MOTTE DE VALOIS.

El primer cuidado de Juana de La Motte, asi que la decencia le permitió levantar los ojos, fue esplorar los semblantes con los cuales tenia que habérselas.

La mayor de las dos señoras tendria á lo sumo, como hemos dicho ya, de treinta á treinta y dos años, y su belleza, notable en mas de un concepto, revelaba una espresion de altanería, que atenuaba en par-

te la gracia natural de su rostro. Esta fue al menos la opinion que Juana formó en virtud del rápido vistazo que dirigió sobre la fisonomía medio encubierta de la mayor de las dos desconocidas. En efecto: prefiriendo esta al sofá uno de los dos sillones indicados, fue á sentarse en un ángulo de la sala lejos de la luz que despedia la lámpara, y se echó sobre la frente le capucha de tafetan de su entretelada manteleta, la cual proyectaba una sombra que oscurecia su semblante.

Eran tan arrogantes, sin embargo, sus ademanes de cabeza, y tan vivo el fuego de sus miradas, que á pesar de que no podian distinguirse los rasgos detallados de su fisonomía, conocíase, no obstante, que era de hermosa raza y de noble estirpe.

Su compañera, menos tímida en la apariencia al menos, y tres ó

cuatro años mas jovén, no se tomaba el trabajo de ocultar su perfecta belleza.

Un semblante tan admirable por su color, como por la finura de su tez; un peinado, que hacia mas ostensible el óvalo perfecto de su cara, dejando al descubierto sus sienes; dos grandes y rasgados ojos azules, tranquilos y perspicaces; una boca de lindísimos contornos, dotada por la naturaleza de una espresion de franqueza angelical, que la educacion y la etiqueta cambiaban en discrecion, y una nariz, cuya forma no tenia por qué envidiar á la de la Venus de Médicis, fue todo lo que Juana pudo distinguir con la fugaz mirada que lanzó sobre ella. Deteniéndose luego mas minuciosamente, la condesa advirtió que la mas jóven de las dos damas tenia el talle mas flexible y esbelto que su compañera, el seno mas prominente y mejor formado, y una ma-

no tan bien torneada, como nerviosa y fina la tenia aquella.

Juana de Valois hizo todas estas observaciones en algunos segundos; es decir en menos tiempo del que nosotros hemos invertido para consignarlas aqui.

Despues de este rápido exámen, preguntó cortesmente á las dos damas, á qué feliz circunstancia debia su visita, y á una seña que hizo la de mas edad, contestó la mas jóven:

—A la de haber llegado á saber que érais casada, señora. ¿Nos han engañado, por ventura?

—No señora, tengo la honra de tener por esposo al conde de La Motte, el cual es un caballero en toda la estension de la palabra.

—Pues bien, señora condesa; nosotras pertenecemos á una asociacion de beneficencia; ha habido quien nos ha dicho algunas particularidades acerca del estado en que os ha-

llais, que nos han interesado en estremo á vuestro favor, y hemos querido por ende saber detalladamente todo cuanto os digneis decirnos concerniente á vuestra persona.

Juana aparentó vacilar en responder un instante, y reparando con su natural perspicuidad en la reserva de la señora que no habia despegado los labios, dijo en seguida:

—Ese retrato que estais viendo es el de Enrique III, ó sea del hermano de un abuelo mio. La sangre de los Valois, como sin duda os lo habrán dicho, circula efectivamente por mis venas.

Y aguardó á que las señoras la dirigiesen nuevas preguntas, aparentando una especie de humildad orgullosa.

—¿Es cierto, señora, como nos lo han asegurado, le dijo entonces con grave al par que dulce acento

la mayor de las dos damas, que vuestra señora madre fue portera de una casa llamada Fontette, situada cerca de Bar-sur-Seine?

Juana no pudo menos de ruborizarse á este recuerdo; pero reponiéndose al punto de su turbacion, contestó con dignidad:

—En efecto, señora, mi madre fue portera de una casa llamada Fontette.

—¡Ah! esclamó su interlocutora.

—Pero como Maria Jossel (asi se llamaba mi madre) era de una prodigiosa belleza, se enamoró de ella mi padre, y no paró hasta que la hizo su esposa. De él es de quien he heredado la nobleza. Mi padre, señora, era un Saint-Remy de Valois, descendiente de los Valois que han ocupado el trono.

—¿Y cómo es que habeis descendido á semejante grado de miseria? preguntó la misma que acababa de interpelarle.

—¡Ay! de la manera mas sencilla.

—Dignaos decírnosla; estoy pronta á escucharos.

—Como no ignorais, despues que subió al trono Enrique IV, cuyo advenimiento hizo que pasase la corona á la rama de los Borbones, la familia desheredada contaba aun con algunos vástagos, oscurecidos é ignorados si se quiere, pero que procedian incontestablemente del mismo tronco que aquellos cuatro hermanos que perecieron de una manera tan desgraciada.

—Asi es, continuó Juana, que temiendo los descendientes de los Valois hacer sombra á la nueva casa reinante, sustituyeron su nombre con el de Remy, que tomaron de unas tierras, y con el que figuran hasta el penúltimo de sus poseedores, mi abuelo; el cual al ver completamente afirmada la monarquía y entregada al olvido su antigua estir-

pe, creyó que no debia privarse por mas tiempo de llevar un nombre tan ilustre; por lo que volviendo á tomar el de Valois, fué á sepultarse con él y con su pobreza en una provincia, sin que ninguno se acordase en la corte de que vegetaba lejos del radiante trono un vástago de los antiguos reyes de Francia, sino los mas gloriosos de la monarquía los mas infortunados al menos.

A estas palabras siguió un instante de silencio; la naturalidad y moderacion con que Juana acababa de espresarse, produjo muy buen efecto en sus interlocutoras.

—Supongo que tendreis las pruebas necesarias para justificar vuestro orígen, dijo la mayor de las dos damas con benevolencia, y mirando fijamente á la que se apellidaba descendiente de los Valois.

—¡Oh! esclamó esta con una sonrisa melancólica; lo que es pruebas no me faltan! Mi padre se tomó el

trabajo de reunirlas antes de su muerte, y son la única herencia que me dejó; pero ¿de qué sirven las pruebas de una verdad inútil, ó de una verdad que nadie quiere reconocer?

—¿Conque es decir que ha muerto vuestro padre? preguntó la dama mas jóven.

—¡Ay! si; he sufrido esa desgracia.

—¿Y murió en esta provincia?

—No señora.

—¿En Paris, segun eso?

—Sí.

—¿Y en esta misma habitacion tal vez?

—No señora: mi padre, baron de Valois, sobrino segundo del Rey Enrique III, murió de hambre y de miseria.

—¡Oh! es imposible! esclamaron á un tiempo las dos damas.

—Y no aqui, continuó Juana; no en este desvan, ni en su propio lecho, por miserable y pobre que pa-

rezca para su rango!... No; mi padre murió al lado de los mas desgraciados é infelices... en el Hospital general de París!

Las dos señoras dieron un grito de sorpresa que se asemejaba á un grito de espanto.

Juana, satisfecha del efecto que habia producido, conduciendo el periodo de manera que se aumentase el interés á su desenlace, se quedó inmóvil, con la vista fija en el suelo, y la mano inerte.

La mayor de las dos señoras se puso á contemplarla con inteligente atencion, y no hallando en aquel doloroso sentimiento tan sencilla y naturalmente espresado nada de lo que caracteriza el charlatanismo y la vulgaridad, prosiguió con dulzura:

—A juzgar por lo que acabo de oiros, preciso es confesar, señora, que habeis sufrido las mas crueles desgracias; la muerte de vuestro padre, sobre todo, acompañada de cir-

cunstancias tan terribles.....

—¡Oh! si os refiriese los pormenores de mi vida, no podriais menos de reconocer que la muerte de mi padre no ha sido el golpe mas cruel de los que he sufrido.

—¡Cómo! esclamó la dama frunciendo el ceño con severidad: ¿considerais por ventura como una desgracia de menor entidad la muerte de vuestro padre?

—Sí, señora; y creo dar una prueba de ser una buena y piadosa hija al espresarme asi: la muerte no hizo mas que libertar al autor de mis dias de todos los males que le asediaban mientras vivió sobre la tierra, y los cuales continúan afligiendo á su desgraciada familia. Por eso he dicho y repito, que el dolor que me causó su pérdida, se halla compensado en cierto modo con la especie de consuelo que me proporciona el pensar que el descendiente de los reyes no se verá reducido á mendigar su

sustento.

—¡Mendigar su sustento!

—¡Oh! no me avergüenzo de decirlo, porque ni mi padre ni yo tenemos la culpa de nuestras desgracias.

—Pero, vuestra madre.....

—¡Mi madre!... teneneis razon, señora; y con la misma franqueza que acabo de manifestaros que doy mil gracias á Dios porque ha llamado á mi padre hácia sí, añadiré que me lamento de que conceda larga vida á mi madre.

Las dos damas se estremecieron al oir un lenguaje tan estraño.

—¿Podremos rogaros, sin pecar de indiscretas, repuso la mayor, que nos hagais una relacion mas detallada de vuestras desgracias?

—La indiscrecion seria mia, replicó Juana, molestándoos con la narracion de padecimientos que deben seros de todo punto indiferentes.

—Os escucho, señora; respondió

magestuosamente la mayor de las dos damas, á la cual dirigió la mas jóven una mirada espresiva, á guisa de advertencia, para que estuviera sobre sí.

En efecto, el acento imperioso con que habian sido pronunciadas las anteriores palabras, no pudo menos de chocar á Mad. de La Motte, la cual le dirigió una mirada de sorpresa.

—Tendré el mayor gusto en escucharos, repitió aquella con voz menos acentuada, si teneis la amabilidad de referirnos vuestra historia.

Y cediendo á un movimiento de malestar, inspirado sin duda por el frio, se estremeció de pies á cabeza, y agitó los pies, como si se le quedáran helados con el contacto de lo húmedos ladrillos.

La mas jóven cogió entonces una especie de alfombrilla que habia bajo su sillon, y al alargarlo á su

compañera, le dirigió esta una mirada, devolviéndole en ella la advertencia que habia recibido pocos momentos antes, y diciéndole con dulzura:

—Gracias, hermana mia; quedaos con ella, puesto que sois mas delicada que yo.

—Perdonad, señora, dijo la condesa de La Motte: siento en el alma la incomodidad que os causa el frio que hace en esta habitacion; pero la leña se ha encarecido estos ultimos dias seis libras mas de lo que estaba, ó lo que es lo mismo, cuesta la carga setenta libras, y mi provision se ha concluido hace una semana.

—Deciais, si mal no me acuerdo, repuso la mayor de las dos damas, que considerábais como una desgracia para vos el tener una madre.

—Efectivamente, señora; ¿no es verdad que semejante blasfemia re-

quiere una esplicacion? Voy, pues, á dárosla, ya que me habeis manifestado deseos de ello.

La interlocutora de la condesa hizo una señal de aprobacion.

—Como ya he tenido la honra de deciros antes, mi padre contrajo una desventajosa alianza.....

—Sí, al casarse con su portera; lo recuerdo perfectamente.

—¡Pues bien! María Fessel, mi madre, en vez de mostrarse agradecida á tan grande distincion, empezó por arruinar á su esposo, lo cual no era en verdad muy difícil, satisfaciendo á espensas de lo poco que poseia la avidez de sus caprichos. Mas tarde, y despues de haberle inducido á vender hasta la última tierra que le quedaba, le sugirió la idea de que debia venir á la córte á revindicar su nombre y sus títulos, y mi padre se dejó convencer esperanzado en la clemencia y la justicia del monarca. Para em-

prender esta gestion, fue para lo que redujo á metálico lo poco que ya poseíamos.

Mi padre tenia ademas un hijo y otra hija, habidos de mi madre. Mi hermano, tan desgraciado como yo, vegeta actualmente en las filas del ejército: mi pobre hermana quedó abandonada á su padrino la víspera del dia que partió mi padre para París.

Este viage agotó el poco dinero que nos quedaba. Todas cuantas solicitudes hicimos fueron tan inútiles como infructuosas. Mi padre volvia todos los dias á casa desesperado de no poder aliviar nuestras miserias, y mientras estaba ausente, mi madre, que necesitaba una víctima, me escogió á mí para blanco de su cólera. En un principio le dió por echarme en cara la escasa parte de alimento que me correspondia, y preferí, por lo tanto, comer pan seco, ó no comer, á sentarme en

nuestra pobre mesa; pero nada adelanté con esto, porque mi madre hallaba á cada paso nuevas escusas para castigarme: la menor falta, la mas insignificante travesura, de esas que hubieran arrancado una sonrisa á otras madres, eran suficiente pretesto para molerme á golpes. Los vecinos, creyendo aliviar mi cuotidiano martirio, contaron á mi padre el mal tratamiento que se me daba, y este trató de defenderme; su proteccion, sin embargo, no hizo mas que convertir á mi madre en una madrastra despiadada. ¡Ay! mi inesperiencia y mi juventud no alcanzaban los motivos de aquella crueldad, y no podia por lo tanto aconsejar á mi padre lo que debia hacer en interés mio. Limitábame á sufrir los efectos sin tratar de adivinar las causas. Conocia el dolor, y á esto estaba reducido todo.

La aglomeracion de tantas des-

gracias acarrearon al fin á mi padre una enfermedad, que le impidió primero salir á la calle, obligándole algun tiempo despues á quedar postrado en la cama. Mandáronme entonces dejar su habitacion, bajo pretesto de que yo no podia reprimir esa necesidad de movimiento peculiar de la juventud, y una vez fuera de ella, volví á quedar bajo la férula de mi madre. Asi que me tuvo á su disposicion, me hizo aprender á golpes una frase humillante, que mi memoria se resistia instintivamente á retener, y cuando la supe al pie de la letra, y se veian impresas en mi cara patentes señales de mis padecimientos, me hizo bajar á la puerta de la calle, y me intimó que espetase la relacion que me habia enseñado al primer caballero que pasara, si no queria ser muerta á golpes.

— ¡Oh! ¡qué horrible crueldad! murmuró la mas jóven de las da-

mas.

—¿Recordais los términos en que se hallaba concebida esa frase? añadió la mayor.

—Estaba concebida en los siguientes términos, repuso Juana:

«Caballero; una limosna por Dios »á esta pobre huérfana, que des»ciende en línea recta de Enrique de »Valois.

—¡Oh! ¡qué vergüenza! esclamó la dama de mas edad haciendo un gesto de disgusto.

—¿Y qué efecto producian esas palabras á aquellos á quienes las dirigíais? preguntó la mas jóven.

—Unos las escuchaban con ademan compasivo, respondió Juana, y me socorrian; otros por el contrario, se irritaban al oirlas y me prodigaban las mas insultantes amenazas; otros, en fin mas caritativos aun que los primeros, me hicieron comprender el riesgo que corria al

pronunciar semejantes palabras, y me aconsejaron que las olvidase antes de que llegasen á oidos peligrosos. Pero yo, como no conocia mayor inconveniente que el de desobedecer á mi madre, ni otro temor que el de sufrir sus golpes.....

—¿Qué sucedió?

—Que mi madre consiguió su objeto, y que el poco dinero que yo traia á casa sirvió para dilatar algunos dias mas la horrible perspectiva que esperaba á mi padre; el hospital.

Las facciones de la mayor de las dos señoras se contrajeron, y los ojos de la mas jóven se llenaron de lágrimas.

—En una palabra, señora, á pesar del alivio que reportaba á la situacion de mi padre con este oficio vergonzoso, no pude menos de rebelarme contra él, y un dia, en vez de perseguir á los transeuntes con

la frase acostumbrada, me senté al pie de un guardacanton, pasé alli la mayor parte del dia como anonadada, y volví á casa por la noche con las manos vacías: mi madre me golpeó en tales términos, que á la mañana siguiente caí enferma.

Entonces fue cuando privado mi padre de todo recurso, se vió en la precision de ir al hospital, y murió en él.

—¿Y qué hicísteis asi que murió vuestro padre? preguntó la mas jóven.

—Dios tuvo piedad de mí. Un mes despues de su muerte, se marchó mi madre con un soldado, dejándonos en el mayor abandono á mi hermano y á mí.

—¡Quedásteis huérfanos!

—¡Oh! no tal, señora; nosotros, al contrario de lo que á todos los demas les sucede, únicamente fuimos huérfanos mientras tu

vimos una madre. La caridad pública nos hizo hijos adoptivos suyos; pero la mendicidad nos repugnaba, y solamente la ejerciamos para atender á nuestras necesidades. Dios manda á sus criaturas que se procuren medios de vivir.

—¡Ay!

—Qué mas os diré, señora? un dia tuve la dicha de encontrar una carretela en el barrio de Saint-Marcel; cuatro lacayos iban á la zaga, y en la delantera una señora jóven aun y de agraciado semblante; tendile la mano, y se detuvo á hacerme algunas preguntas; mis respuestas y mi nombre la arrancaron un gesto de sorpresa y de incredulidad. Pidióme las señas de mi casa, y se las dí en el acto. A la mañana siguiente se convenció de que no le habia mentido, y adoptándonos á mi hermano y á mí, le colocó á él en un regimiento, y á mí en casa de una modista. Ambos queda-

mos de este modo á cubierto del hambre.

—Esa señora ¿ no fué Mad. de Boulainvilliers ?

—La misma.

—¿ Creo que ha muerto ?

—Si señora, y su muerte volvió á sumirme en un abismo.

—Pero su marido vive aun, y es rico.

—A él es, señora, á quien debo todos mis infortunios de muger soltera, asi como debo á mi madre los padecimientos de niña. Llegó un dia en que notó que iba desarrollándose mi talle, en que quizás me halló bella, y quiso poner un precio á sus beneficios. Yo rehusé. A esta sazon murió Mad. de Boulainvilliers, y yo, casada de su mano con un bizarro militar, con M. de la Motte, me encontré despues de su muerte separada de mi marido, y mas abandonada aun de lo que quedé á la muerte de mi padre.

He aqui en compendio la historia de mi vida, señora: la enumeracion de los padecimientos viene á ser una digresion enfadosa que debe perdonarse á las personas felices, aun cuando sean tan benévolas como vos pareceis serlo.

A este último periodo de la historia de Mad. de La Motte sucedió un prolongado silencio, que rompió la mayor de las dos damas, preguntando á su interlocutora:

—¿Y qué hace actualmente vuestro marido?

—Mi marido está de guarnicion en Bar-sur-Aube, sirve en la gendarmería, y aguarda como yo tiempos mas bonancibles.

—Pero no habeis solicitado en la córte?

—¡Sin duda!

—Entonces debe haber despertado simpatias el nombre de Valois, si lo habeis justificado con pruebas.

—Ignoro los sentimientos que mi

nombre haya podido despertar, pero sí sé que no he merecido contestacion á ninguna de mis solicitudes.

—¿Y eso que habreis visto á los ministros, al Rey, y á la Reyna.

—No he podido ver a nadie: todas mis tentativas han sido infructuosas, repuso Mad. de La Motte.

—Sin embargo, no creo que hayais podido volver á mendigar.

—No, señora, ya he perdido la costumbre. En cambio.....

—¿Qué?

—Puedo morir de hambre.

—¿No teneis hijos?

—No señora, y mi marido, dejándose matar por servicio del Rey, habrá puesto por su parte glorioso fin á nuestras miserias.

—¿Podreis tal vez, y perdonadme que insista con tanta tenacidad sobre este punto, proporcionarme los documentos justificativos de vuestra genealogia?

Juana se levantó de su asiento, y sacó de una cómoda un legajo de papeles que presentó á la señora.

Al mismo tiempo, y queriendo ver sus facciones, aprovechando el instante en que esta se aproximase á la luz á examinarlos, sacó la torcida de la lámpara para duplicar la claridad.

Pero la dama comprendió la intencion de esta maniobra, y haciendo un ademan, como si la luz le incomodase la vista, volvió la espalda á la lámpara, y de consiguiente á Mad. de La Motte.

En esta postura recorrió los papeles uno á uno con la mayor atencion, y despues dijo á la condesa:

—Pero todas estas no son mas que copias de las actas; aqui no hay ningun documento auténtico.

—Los originales, señora, están depositados en paraje seguro, y podria presentarlos....,

—Si se ofreciese una ocasion im-

portante, ¿no es verdad? dijo la dama sonriéndose.

—Tal considero la que me proporciona la honra de veros en mi casa; pero los documentos de que hablais son tan importantes para mí, que.....

—Lo concibo perfectamente, no quereis ponerlos á disposicion del primero que llegue.

—¡Oh! perdonad, señora, esclamó la condesa, que acababa al fin de entrever el semblante lleno de dignidad de la dama; perdonad si os digo que no os considero como tal.

Y abriendo en seguida otra gaveta, que tenia un secreto, sacó de ella una cartera antigua en cuya cubierta se veia el escudo de la casa de los Valois, y la cual encerraba los documentos en cuestion.

Cogiólos la dama en sus manos, y despues de examinarlos atenta y minuciosamente, le dijo:

—¡Teneis razon! estos títulos están en toda regla, y os aconsejo, por lo tanto, que no dejeis de presentarlos á quien corresponde.

—¿Y qué conseguiré si sigo vuestro consejo?

—¿Qué conseguireis? Una pension para vos, cuando menos, y adelantar en su carrera á M. de La Motte, con tal de que las circunstancias de este caballero le hagan un poco recomendable.

—Mi esposo, señora, es un modelo de honor y no ha cometido hasta la presente ni la mas ligera falta en el servicio militar.

—Está bien, dijo la hermana de Caridad echándose la capucha sobre la frente.

Mad. de La Motte que seguia con ansiedad todos sus movimientos, no pudo menos de conmoverse al ver que echaba mano al bolsillo, del cual sacó antes que todo, aquel pañuelo bordado de que habia hecho

uso para taparse el rostro al atravesar en el trineo los boulevares.

En seguida sacó tambien un cartuchito de una pulgada de diámetro, y de tres á cuatro de longitud, y dijo á Juana dejándolo sobre el escritorio:

—La asociacion de beneficencia á que pertenezco, me ha autorizado á ofreceros este ligero socorro, por ahora.

Mad. de La Motte lanzó una rápida mirada sobre el cartucho, y dijo para sí:

—Son escudos de tres libras, y debe contener cincuenta, al menos, y acaso ciento. Veamos, son ciento cincuenta, ó trescientas libras que me vienen como llovidas del cielo. Con todo, para ciento parece corto el cartucho; pero tambien es verdad que para cincuenta es demasiado largo.

Mientras hacia estas observaciones, las dos damas se hallaban ya

en la primera pieza, donde estaba durmiendo sobre una silla la señora Clotilde, á cuyo lado se veia una vela, cuyo rojo y humeante pávilo sobresalia por encima de una especie de capa de sebo derretido.

El tufo fuerte y nauseabundo que despedia la vela, atacó á la garganta de la señora de la caridad que habia dejado el cartucho sobre el escritorio, y la cual llevándose vivamente la mano al bolsillo, sacó de él un pomito de esencias.

Pero la señora Clotilde despertó á los gritos de Juana, y asiendo con la mano el cabo de la vela lo elevaba á guisa de un farol por encima de la oscura escalera, á pesar de las vivas protestas de las dos damas, á quienes emponzoñaba al tiempo de alumbrarlas.

—Hasta la vista, señora condesa; digeron volviéndose hácia la habitacion de Juana, y poniendo el pie en el primer escalon.

—¿A dónde tendré la honra de ir á demostraros mi agradecimiento? preguntó Juana de Valois.

—Ya os pasaremos recado; repuso la mayor de las damas descendiendo con la rapidez posible.

Y de allí á poco se perdió el ruido de sus pasos en la profundidad de los pisos inferiores.

Mad. de Valois se volvió á su cuarto, llena de impaciencia por saber si sus observaciones acerca del cartucho eran fundadas. Pero al atravesar la antecámara, tropezó con un objeto el cual fué rodando á impulsos del golpe, desde el ruedo que salia por debajo de la puerta hasta los ladrillos.

Verlo, bajarse á recojerlo, y correr en seguida á la luz de la lámpara, todo fue uno.

Era una caja de oro, redonda, chata, y con adornos sencillos, que contenia unas cuantas pastillas de chocolate perfumado: conocíase sin

embargo que tenia un doble fondo á pesar de ser chata, y la condesa perdió algun tiempo en buscar su oculto resorte.

Hallólo al fin, y haciéndolo jugar, se ofreció á su vista el retrato de una muger, de radiante al par que delicada belleza, y de imperiosa magestad.

Un peinado á la alemana, y un collar magnífico, semejante á los collares de las órdenes, comunicaban á la fisonomia de este retrato un aire marcado de estrangerismo.

En la parte superior de la caja veíase una cifra compuesta de una M y una T, entrelazadas con una corona de laurel.

Mad. de la Motte supuso, al ver la semejanza de este retrato con el semblante de la dama jóven, que seria de la madre ó de la abuela de su-bienhechora, y en honor de la verdad debemos decir que su primer movimiento fue precipitarse

hácia la escalera á llamar á las señoras.

Pero en aquel mismo momento oyó el ruido que hacia al cerrarse la puerta de la calle; corrió entonces hácia la ventana, asomóse á ella, y el último objeto que vió fue un cabriolé á lo último de la calle de Saint-Claude, y el cual se dirigió hácia la de San Luis á todo escape.

Perdidas, pues, las esperanzas de poder hacerse oir de sus dos protectoras, contempló todavia la caja por algunos momentos, é hizo propósito de remitirla á Versalles; despues cojió el cartucho que habian dejado aquellas sobre el escritorio, y dijo tanteándolo al peso:

—¡Bien decia yo! aqui habrá cuando mas cincuenta escudos.

En seguida, rompió el papel.

—¡Cómo! esclamó admirada; ¡son luises! ¡Cincuenta dobles luises! ¡Dos mil cuatrocientas libras!

Y sus ojos brillaron con avara alegria, mientras que la señora Clotilde maravillada de ver mucho mas oro reunido del que habia visto en toda su vida, se quedó estática con la boca abierta y las manos juntas.

—¡Cien luises! repitió otra vez Mad. de La Motte..... ¡Se conoce que estas señoras son muy ricas!.. ¡Oh! ¡yo las encontraré!....

BELUS.

Mad. de La Motte no se habia engañado cuando se figuró que el cabriolé que habia visto desde su ventana conducia á las dos señoras.

En efecto, estas habian encontrado á las puertas de la calle un cabriolé de los que se usaban en aquella época, es decir, alto de ruedas, lijero, de pescante elevado, y con un cómodo asiento en la trasera para el jockey.

Este cabriolé tirado por un magnífico caballo irlandes de cola corta, ancha grupa y pelo bayo habia sido conducido á la calle de Saint-Claude por aquel criado, conductor del trineo, á quien la dama de Caridad habia nombrado Weber, segun antes hemos dicho.

A la llegada de las señora, Weber tenia cojido del freno al fogoso animal, cuya impaciencia trataba de contener, y el cual manoteaba sobre la nieve que se iba endureciendo por grados despues de la venida de la noche.

Cuando las damas se acercaron al carruaje, les dijo Weber con acento aleman.

—Perdonad, señora, si os traigo este caballo: yo mandé que guarnecieran á Escipion, que es blando de boca y muy fácil de conducir; pero no ha podido venir hoy, porque se dió un golpe ayer noche; no quedaba, pues, otro mejor que

Belus, y Belus es un poco rebelde.

—¡Bah! no me importa, Weber; ya sabes que tengo la mano firme, y que estoy ademas habituada á guiar bien un caballo.

—Ya sé que la señora sabe conducirlo perfectamente, pero como ahora están tan malos los caminos... ¿Adónde vamos?

—A Versalles.

—¿Por los boulevards?

—No, Weber; la noche está demasiado fria, y los boulevards por lo tanto estarán cuajados de yelo: mejor iremos por las calles, porque la nieve estará menos dura, merced á las pisadas de millares de transeuntes. Vamos, Weber; despáchate.

Weber sujetó el caballo mientras las damas subian al cabriolé, y colocándose en seguida á la trasera, les dijo que ya estaba listo.

La mayor de las señoras se dirigio entonces á su compañera, y

le dijo, aflojando las riendas al caballo, que salió á escape á doblar la esquina de la calle de San-Luis:

—¿Qué os parece la condesa, Andrea?

A esta sazon era cuando Mad. de La Motte se habia asomado á la ventana para llamar á las dos señoras.

—Pienso, señora, repuso la jóven, á quien llamaban Andrea, que Mad. La Motte es pobre y muy desgraciada.

—Pero se conoce al mismo tiempo que ha recibido una esmerada educacion; ¿no es verdad?

—Sin duda que sí.

—Creo, Andrea, que no te agrada mucho.

—Si he de hablaros francamente, confieso que he creido entrever en su fisonomía cierta espresion de astucia, que me ha disgustado.

—¡Oh! siempre habeis sido desconfiada, Andrea, y para complaceros

es necesario reunirlo todo. Por mi parte, sé deciros, que la condesita me ha parecido tan interesante y sencilla con su orgullo, como con su humildad.

—Gran fortuna es para ella, señora, el haber tenido la honra de agradar á vuestra.....

—¡A un lado! esclamó á esta sazon la dama mayor, separando vivamente el caballo que iba derecho sobre un ganapan que se hallaba en la esquina de la calle de San Antonio.

—¡Lado! gritó Weber con voz estentórea.

Y el cabriolé continuó su precipitada marcha, mientras que el hombre que habia estado á punto de ser estrellado, dirigia á las que iban en él terribles imprecaciones, que secundadas por otras muchas voces, llegaban hasta el carruage transformadas en un clamor hostil.

Pero Belus interpuso en breves ins-

tantes entre su ama y los gritadores todo el espacio que hay desde la calle de Santa Catalina á la plaza Bandoyer.

Al llegar aqui, el camino forma una especie de horquilla; pero la hábil conductora lanzó resueltamente el carruage por la calle de Tixeranderie, una de las mas populosas y mas estrechas, al par que menos aristocráticas. Asi es que á pesar de sus repetidos gritos de *¡á un lado! ¡á un lado!* y de los rugidos de Weber, los transeuntes les dirigian las imprecaciones mas furiosas.

—¡Oh! fuera el cabriolé! ¡abajo el cabriolé! gritaban.

Belus, sin embargo, continuaba corriendo siempre, y su cochero, á pesar de la delicadeza de su mano infantil, le conducia hábil y rápidamente por medio de los lagos de derretida nieve, ó por encima de los yelos, cuya superficie escurridiza los hacia mas peligrosos.

Sin embargo, ninguna desgracia habia ocurrido hasta entonces, contra todo lo que era de esperar: el cabriolé llevaba en la delantera un farol que iluminaba la calle con sus brillantes rayos, y esto venia á ser un lujo de prevision, que la policia no habia pensado aun en imponer á los carruages de aquel tiempo.

Ninguna desgracia, repetimos, habia sucedido hasta entonces; el cabriolé no habia tropezado con ningun otro carruage, ni habia rozado siquiera á un guarda-canton ni tocado á ningun transeunte; pero á pesar de este milagro, los gritos y las amenazas iban siempre en aumento.

El carruage de las dos damas atravesó con igual fortuna las calles de San-Mederico, San-Martin, y Aubri-le-Boucher.

Tal vez se figurarán nuestros lectores que á medida que aquellas

iban aproximándose á los barrios mas civilizados, al ódio manifestado al aristocrático vehículo iria en disminucion.

Pero sucedió todo lo contrario; apenas habia entrado Belus en la calle de la Ferronnerie, cuando Weber, perseguido constantemente por el clamoreo del populacho, notó que algunos grupos hacian ademan de oponerse al paso del cabriolé, al paso que otros corrian en seguimiento suyo con intencion de detenerle.

Weber sin embargo, no quiso alarmar á su señora, á la cual veia desplegar la mayor sangre fria y destreza, y deslizarse hábilmente por entre aquellos obstáculos, animados ó inertes, que son el triunfo al par que la desesperacion del cochero de París.

Por lo que hace á Belus, cuyos corbejones eran de acero, no habia tropezado ni una vez siquiera, mer-

ced al cuidado con que habia sabido prever la mano que le guiaba los accidentes del terreno.

Ya no se oia ningun murmullo en torno del cabriolé; solo se oian gritos: la dama que llevaba las riendas llegó al fin á hacer alto en ellos, y atribuyendo su hostilidad á causas generales, como el rigor de la estacion y la irritable predisposicion de los espíritus, resolvió abreviar la prueba.

Por lo que, estimulando á Belus con un ligero castañeteo de lengua salió este del trote contenido que entonces llevaba, y empezó á marchar al trote largo.

Las tiendas huian á su paso rápidamente, y los transeuntes se echaban á un lado para hacerles sitio.

Los gritos de lado! lado! continuaban siempre.

El cabriolé, próximo ya á Palais-Royal, acababa de entrar en la calle

del Cog-Saint-Honoré, en la cual se elevaba uno de los mas hermosos obeliscos de nieve, de que hemos hablado, y cuya aguja, disminuida por los desyelos, se parecia á uno de esos alfeñiques de azúcar que los muchachos transforman en puntas aguzudas á fuerza de chuparlos.

En el remate de este obelisco veíase un glorioso penacho de cintas, un poco ajadas, las cuales sostenian un cartelon, sobre el cual habia escrito un pasante del barrio una cuarteta en elogio del Rey y de la Reyna, que se balanceaba entre dos faroles.

Alli fué donde tropezó Belus con la primera grave dificultad. El monumento que á la sazon iba á ser iluminado, habia atraido gran número de curiosos, los cuales formaban una masa tan compacta, que era de todo punto imposible atravesarla al trote.

Preciso fué, pues, poner á Belus

al paso.

Pero como este habia llegado hasta el obelisco con la rapidez del rayo y se oia la griteria de los transeuntes que habia dejado atras; aun cuando se habia detenido á la presencia de aquel obstáculo, la vista del cabriolé produjo en la turba el peor efecto.

El gentio, no obstante, se abrió á su paso.

Pero detras del obilesco existia otra causa de reunion.

Las verjas del Palais-Royal estaban abiertas, y en la plazoleta del mismo veíanse una porcion de hogueras en torno de las cuales se estaban calentando un ejército de pobres, á quienes los lacayos del duque de Orleans distribuian una racion de sopa en cazuelas de barro.

A esta turba de mendigos, sobradamente numerosa, agregábase otra que lo era mucho mas, compuesta de las gentes que acudian á

verlos comer y calentarse. Esta manía siempre ha estado en boga en París: un actor, sea del género que quiera, puede estar seguro de que nunca le han de faltar espectadores.

Pasado el primer obstáculo, el cabriolé tuvo que volver á detenerse ante el segundo, como sucede á un navío en medio de escollos.

A esta sazon, los gritos de la muchedumbre, que hasta entonces habian llegado á los oidos de las dos damas de una manera vaga y confusa, se dejaron oir clara y distintamente.

—¡Abajo el cabriolé! ¡Abajo los atropelladores! gritaban.

—¿Es á nosotras á quienes van dirigidos esos denuestros? preguntó á su compañera la que dirigia á Belus.

—En verdad señora, tengo miedo.

—Pues qué, ¿hemos atropellado á alguno?

—A nadie, absolutamente.

—¡Abajo el cabriolé! ¡Abajo los atropelladores! repetia la turba con furor.

La tempestad arreciaba por momentos: el caballo acababa de ser detenido por la brida, y como Belus gustaba muy poco del contacto de aquellas manos ásperas piafaba de una manera terrible, y echaba copiosos espumarajos por la boca.

—¡A casa del comisario, á casa del comisario! gritó una voz.

Las dos señoras, se miraron con sorpresa al oir este grito, que repitieron otras mil voces.

—¡A casa del comisario! gritaron los grupos con mas fuerza.

Y algunas curiosas cabezas se abalanzaron sobre la capota del cabriolé.

La turba entre tanto hacia comentarios que corrian de boca en boca.

—¡Calla! ¡son mugeres! dijo

uno.

—¡Pues! esclamó otro, serán las muñecas de los Soubises, ó algunas cortesanas de M. de Hennin.

—O bailarinas de la ópera, añadió un tercero, que se creeu con derecho de atropellar al pobre, porque tienen diez mil libras mensuales para pagar los gastos de hospital.

Este cruel sarcasmo que arrancó á la turba un aplauso estrepitoso, causó una conmocion muy diversa en las dos damas, una de las cuales se acurrucó llena de miedo en el fondo del cabriolé, al paso que la otra sacó resueltamente la cabeza, frunciendo el ceño y apretando los labios.

—¡Oh! señora! esclamó su compañera tirándola hacia atrás, ¿que haceis?

—¡A casa del comisario! ¡á casa del comisario! gritaban cada vez mas encarnizados los vocingleros.

—¡Ah! ¡somos perdidas! murmuró entonces la mas jóven al oido de la otra.

—¡Valor, Andrea, valor! repuso esta.

—¡Pero os van á ver!.... ¡á reconoceros tal vez!....

—Mirad por el cristal del fondo, á ver si continúa Weber en la trasera del cabriolé.

—En este momento lucha por bajarse; pero lo tienen sitiado, y por mas esfuerzos que hace..... ¡Ah! ¡aquí viene!

—Weber, Weber, le dijo la dama en aleman, venid á ayudarnos á bajar.

El lacayo se apresuró á obedecer, y rechazando con dos fuertes codazos á los sitiadores, abrió la delantera del cabriolé.

Las dos señoras saltaron ligeramente al suelo.

Mientras tanto se habia apoderado el populacho de Belus y del car-

ruage, cuya caja empezaba á destrozar.

—¿Pero qué significa esto, Weber? ¿habeis comprendido lo que quieren? prosiguió preguntando en aleman la mayor de las damas.

—Lo ignoro, señora, respondió el lacayo, espresándose con mucha mas facilidad en este idioma que en el francés, y repartiendo patadas á diestro y siniestro para abrir paso á su ama.

—Pero, estos no son hombres sino fieras! continuó esta, siempre en aleman: ¿y qué es lo que me echan en cara? Sepamos.

Al oir estas palabras, repuso en el sajon mas puro una voz cuyo acento contrastaba singularmente con las amenazas injuriosas de que eran objeto las damas:

—Os culpan, señora, de haber infrigido el bando de policía que se ha publicado en Paris esta mañana, y en el cual se prohibe hasta la

primavera la circulacion de los cabriolés, carruages peligrosos de suyo cuando está bueno el piso, y fatales para las gentes de á pie cuando á consecuencia del yelo no se puede huir de las ruedas.

La mayor de las damas se volvió para ver de donde venia aquella voz cortés que sobresalia por encima de todos los gritos amenazadores, y distinguió á un jóven oficial, quien para acercarse á ella habia tenido que pugnar con tanta ó mas valentía que la que empleaba Weber para mantenerse en donde estaba.

La elevada talla, marcial continente y gracioso al par que distinguido semblante de este jóven, previnieron en su favor á la dama, la cual se apresuró á replicarle en el mismo idioma:

—Yo no tenia noticia alguna de ese bando, caballero: os aseguro que lo ignoraba completamente.

—¿Sois estrangera, señora? la preguntó entonces el jóven oficial.

Sí, caballero, sí lo soy..... pero ¡Dios mio! ¿qué hacer en este trance! me rompen el cabriolé.....

Dejadlos que lo rompan, señora, y procurad escabulliros mientras tanto. El pueblo de París está furioso contra los ricos, que ostentan su lujo delante de la miseria, y en virtud del bando de esta mañana, querrán conduciros á casa del comisario.

—Oh! no, no; jamás! esclamó entonces la mas joven.

—En ese caso, repuso el oficial riéndose, aprovechaos de la brecha que voy á abrir entre la multitud, y marchaos.

Estas palabras fueron pronunciadas con cierto tono de desenfado, en virtud del cual conocieron las estrangeras que el jóven oficial habia oido los comentarios del pueblo so-

bre las cortesanas de MM. de Soubise y de Hennin.

Pero era el momento mas á propósito para manifestarse ofendidas.

— Dadnos el brazo y conducidnos hasta un coche de los de plaza, caballero, dijo la mayor de las damas, con tono de autoridad.

— Mejor está, en mi concepto, que obligue yo á hacer unas cuantas corbetas á vuestro caballo, para que os escapeis aprovechando el desórden que necesariamente deberá producir esta operacion: tal vez sea este el único recurso que os queda, añadió el jóven tratando de eludir la responsabilidad de una proteccion azarosa, puesto que, si no me engaño, el pueblo empieza ya á cansarse de oirnos hablar un idioma que no entiende.

— Weber! gritó la dama con firme é imperiosa voz; haz encabritar á Belus para que se asuste ese tropel de gentes, y nos hagan

sitio.

—Bien está: y luego?....

—Luego, te quedas ahi mientras nosotros nos alejamos.

—Y si rompen el cabriolé?..

—Que lo rompan en horabuena: lo único que te recomiendo es que te pongas en salvo, y que procures salvar á Belus, si buenamente puedes.

—Está bien, señora; repuso el lacayo.

Y haciendo en seguida unas cuantas cosquillas al irritable irlandés, principió este á dar cabriolas, y derribó por tierra á los que le tenian cojido de la brida, y á los que se habian encaramado sobre las varas del carruaje.

La confusion y el terror llegaron en el momento á su colmo.

—¡Ah! dadme vuestro brazo, caballero, esclamó entonces la dama mayor; luego añadió volviéndose hacia Andrea: vamos, niña, venid.

— ¡Pardiez! dijo para sí el oficial, alargando el brazo con muestras de admiracion á aquella que se lo habia pedido; ¡se conoce que es muger de valor!

Y echando á andar en seguida, condujo á sus protegidas á la plaza inmediata, en la cual habia una porcion de carruajes de alquiler, cuyos cocheros estaban durmiendo sobre el pescante, mientras que los caballos esperaban la pitanza de la noche con los ojos á medio cerrar y la cabeza baja.

Viaje á Versalles.

Las dos damas se hallaban ya fuera del alcance del populacho; temian no obstante que las hubiesen seguido algunos curiosos con el fin de conocerlas, ó de renovar una escena semejante á la que acababa de pasar; y como esta vez hubiera sido mucho mas dificil evadirse de ella, lejos de reponerse del susto que habian pasado, estaban por el contrario mucho mas intranquilas.

El jóven oficial debia comprender esta alternativa, á juzgar por la actividad asombrosa que desplegó en despertar al cochero, el cual estaba mas helado que dormido sobre el pescante.

El frio que hacia era tan horrible, que á pesar de la costumbre que tienen los cocheros de ver si pueden quitarse los parroquianos unos á otros, ninguno de los automedontes de á veinte y cuatro sueldos por hora se movió de su sitio, ni dió señales de vida, incluso aquel á quien se habia llamado.

El oficial le asió de la solapa de su miserable librea, y le dió tan descomunal sacudida, que logró, al fin, hacerle volver de su letargo.

Hola, arriba! le gritó al oido, asi que empezó á removerse.

—Allá voy, mi amo, dijo el cochero medio dormido, y balanceandose sobre el pescante como un borracho.

—¿A donde quereis ir, señoras? les preguntó el oficial en aleman.

—A Versalles, respondió la mayor en la misma lengua.

—¡Cómo! esclamó el cochero, ¿habeis dicho á Versalles?

—¿Y bien, y qué?

—¡Cuatro leguas y media de un camino cubierto de yelo! No; no voy.

—Te se pagará bien, dijo la mayor de las alemanas.

—Ya lo oyes; dicen que te lo pagarán bien, repitió en francés el oficial.

—¿Cuánto? preguntó el cochero sin moverse del pescante; porque ya comprendereis, caballero oficial, que no es fácil que allí se me proporcione un viaje de vuelta.

¿Será bastante un luis? dijo la mas jóven, siempre en lengua alemana.

—Te ofrecen un luis, repitió el oficial al cochero.

—Un luis?.... no es gran cosa, repuso el auriga refunfuñando, puesto que me espongo á que mis caballos se rompan las piernas en el camino.

—Habrá bribon! Ya sabes que desde aqui al palacio de la Motte que está á mitad del camino solo te corresponden, segun tarifa, tres libras; de consiguiente, aun suponiendo que te paguen de aqui á Versalles ida y vuelta, únicamente tienes derecho á exigir por este cálculo doce libras, y en vez de doce, vas á recibir veinte y cuatro.

—¡Oh! no regateeis, caballero, caballero, dijo la mayor de las señoras; estoy dispuesta á darle dos, tres, veinte luises si es preciso, con tal de que eche á andar al instante.

—Basta y sobra con un luis, señora, repuso el oficial.

—Despues añadió volviéndose al cochero:

—Vamos, tunante, baja de ahí y abre la portezuela.

—Venga el dinero, replicó este si he de ir, quiero que se me pague adelantado.

—¿Conque sí, eh?

—Tengo derecho á ello.

El oficial hizo ademan de abalanzarse á él, pero le detuvo la mayor de las damas diciéndole:

—¿Qué mas da? Paguémosle adelantado, puesto que asi lo exije.

Y al registrar el bolsillo, esclamó diciendo por lo bajo á su compañera:

—¡Ay, Dios mio! ¿sabeis que he perdido el dinero?

—¿Qué decis?

—No me cabe ya ni la mas ligera duda: ¿Traeis vos alguno, Andrea?

La jóven llevó la mano á su bolsillo con la mayor ansiedad, y esclamó de allí á un momento:

—Ni siquiera un franco!

—¡Oh! miradlo bien.

—Es inútil, esclamó la jóven con el mayor despecho, al ver que el jóven oficial clavaba en ellas los ojos durante este ligero debate, y que el bribon del cochero abria un palmo de boca para sonreirse, manifestando al mismo tiempo que se felicitaba por lo que él llamaba acaso su oportuna precaucion.

En vano prosiguieron registrándose las dos damas, puesto que ni una ni otra llevaban encima ni siquiera un sueldo.

El oficial las veia impacientarse y ponerse de mil colores: la situacion iba haciéndose cada vez mas crítica.

Las señoras se habian decidido á dar en prenda una cadena ú otra cualquiera alhaja, cuando el jóven, queriendo evitarles un nuevo sonrojo, se apresuró á sacar de su bolsillo un luis, y lo alargó al cochero.

Tomólo este, y despues de axaminarlo y de tantearlo al peso, mientras las señoras manifestaban su gratitud al oficial, abrió la portezuela, y subieron aquellas al carruage.

—Ahora, bribon, conduce á estas señoras con el debido miramiento y sobre todo con lealtad: ¿lo entiendes?

—¡Oh! perded cuidado, caballero oficial; eso no hay que decirlo.

Durante este corto coloquio, las damas cambiaron entre sí algunas palabras, pues veian con sentimiento dispuesto á su protector á separarse de ellas.

—¡Oh! procuremos, señora, decia la mas jóven en voz baja, hacer de modo que no se aleje.

—¿Para qué? Pidámosle su nombre y las señas de donde vive, y con mandarle mañana su luis de oro, con cuatro letras que vos le

escribireis manifestándole nuestro reconocimiento, estamos fuera del paso.

—Perdonad, señora, si insisto en que no se marche; porque si el cochero fuese un bribon, y le diera la gana de hacernos alguna jugarreta en el camino..... ¿á quién recurriríamos entonces á pedir socorro?

—¡Bah! ya sabemos su número y la letra del coche.

—Todo eso está muy bien, señora; convengo en que si llegára á propasarse lo hariais enrodar despues, si fuese preciso; pero por de pronto no llegariais esta noche á Versalles, y si tal sucediera..... ¡Dios mio! ¿qué se diria?

—Es verdad, repuso la mayor reflexionando.

A esta sazon, y viendo que el oficial se presentaba para despedirse, volvió á decirle Andrea en aleman:

—Perdonad, caballero, dignaos oir una palabra si gustais.

—Estoy á vuestras órdenes, señora: repuso el oficial, visiblemente contrariado, pero conservando siempre en sus modales, en su tono, y hasta en el acento de su voz la mas esquisita galantería.

—Despues de tantos servicios como nos habeis hecho, continuó Andrea, permitidnos que os exigamos otro.

—Podeis contar con él desde luego, con tal de que esté en mi mano.

—¡Pues bien! tenemos miedo de que el cochero nos haga alguna mala pasada, al ver el modo con que se ha espresado al hacer el ajuste.

—¡Oh! no creais tal, señora; ya he tenido yo cuidado de tomar su número y su letra, que son la Z, y el 107; de consiguiente, no teneis mas que dirigiros á mí, si llegase á portarse mal.

— ¡A vos! esclamó Andrea en francés involuntariamente: ¿cómo, ignorando vuestro nombre?

El jóven oficial repuso con la mayor sorpresa al oir estas palabras:

— ¡Oh! mal habeis hecho en condenarme á estropear el aleman por espacio de mas de media hora, hablando tan bien el francés.

— Dispensadnos, caballero, que lo háyamos hecho así, dijo la mayor de las damas en el mismo idioma, puesto que, como estais viendo, sin ser estrangeras acaso, nos hallamos en París peor que si lo fuéramos realmente. Vuestra comprension no es tan limitada para que desconozcais que la situacion en que nos encontramos no es una situacion natural. El no dejarnos obligadas mas que á medias, casi equivaldria á desobligarnos. Ser menos discreto de lo que os habeis mostrado hasta aquí equivaldria á ser indiscreto: dignaos por lo tanto formar acerca de no-

sotras una opinion tan favorable, como la que hemos formado de vos; y si buenamente podeis hacernos este nuevo servicio, hacédnoslo sin restriccion alguna, ó permitid de lo contrario que os manifestemos nuestra gratitud, y que busquemos otro apoyo.

- Estoy á vuestras órdenes, señora; respondió el oficial, admirado del noble al par que distinguido acento de la desconocida.

—En ese caso, dignaos, caballero, subir con nosotras al carruaje, y acompañarnos.

—¿Hasta Versalles?

—Sí.

El oficial subió al coche sin replicar palabra, y colocándose en el lado del vidrio, gritó al cochero:

Arrea!

Cerradas las portezuelas, y despues que las señoras se arreglaron sus abrigos, partió el coche en di-

reccion á la calle de Sto. Tomás del Louvre, atravesó la plaza del Carrousel, y prosiguió rodando por los muelles.

El jóven oficial se colocó en el rincon fronterizo á la mayor de las damas, y se tapó cuidadosamente las rodillas con los faldones de la levita.

En el interior del coche reinaba el silencio mas profundo.

El cochero, ora fuese por su probidad, ora porque la presencia del jóven le mantuviese dentro del círculo de la lealtad, hizo correr á sus rocines con perseverancia por el escurridizo paseo de los muelles, y del camino de la Conferencia.

El interior del carruage, sin embargo, iba templándose insensiblemente con el hálito de los tres viajeros. Poco despues esparcióse por aquella reducida atmósfera un delicado perfume, cuya impresion creaba en el cerebro del jóven ciertas

ideas, cada vez mas favorables á sus compañeras de viaje.

—Vamos, pensaba interiormente; se conoce que son dos señoras que se habrán detenido demasiado en alguna cita, y que regresan á Versalles temerosas de que llegue á notarse su ausencia.

¿Pero siendo mugeres distinguidas, se objetaba luego, cómo se esplica el que fueran en un cabriolé, y guiado por ellas mismas?

¡Bah! ya caigo: el vehículo era demasiado estrecho para tres personas, y no hay muger en el mundo capaz de consentir en llevar á su lado un cochero.

Pero eso de no tener dinero es cosa en que debe reflexionarse. Ya; llevaria el lacayo el bolsillo; no puede menos de ser asi; porque aquel cabriolé, que deberá estar hecho añicos á estas fechas, era de una elegancia indisputable... ¿Pues, y el caballo? ¡Oh! ó yo no entiendo una

palabra, ó valia cuando menos ciento cincuenta luises... Solamente damas muy ricas, pueden dejar abandonados un cabriolé y un caballo semejantes. La falta de dinero, pues, no prueba absolutamente nada.

Sin embargo, aquella manía de hablar un idioma estrangero siendo francesas...

¡Bien! eso probará cuando mas, una educacion distinguida. No suele ser comun en las mugeres aventureras el hablar el aleman como estas le hablan, espresándose al mismo tiempo en francés como unas parisienses.

Ademas, es tan natural la distincion que revelan sus modales... es tan seductor el acento con que me ha suplicado que las acompañase, la mas jóven... tan llenas de magestad las palabras de la otra.....

¡Bah! añadió por fin, procurando colocar la espada, de modo que no incomodase á sus vecinas; ¡no

parece sino á juzgar por mis escrupulos que hay algun peligro para un militar en pasar dos horas en un carruage al lado de dos hermosas damas!

Y hermosas y discretas, pensó, puesto que aguardan sin duda á que yo las hable para entrar en conversacion.

Las dos señoras, por su parte, debian ir tambien haciendo sus conjeturas respecto al jóven oficial, puesto que en el instante mismo que acababa este de formular su última idea, dijo en inglés á su compañera una de las damas:

—Ese demonio de cochero nos lleva á paso de tortuga; si continuamos asi, no vamos á llegar en la vida á Versalles. Apostaria cualquier cosa á que nuestro pobre compañero de viage va muerto de fastidio.

—En verdad, repuso la jóven sonriéndose, la conversacion que

traemos no es de las mas entretenidas.

—¿No es verdad, Andrea, que tiene aire de ser un hombre *come il faut?*

—Asi lo pienso, señora; repuso esta.

—Y tiene el uniforme de marina! ¿no lo habeis notado?

—Entiendo muy poco de uniformes!...

—Pues lo lleva en efecto, y ya sabreis que los oficiales de marina pertenecen todos á las mejores casas; por lo demas, no podreis menos de convenir conmigo en que le sienta muy bien.

La mas jóven de las damas se preparaba á responder á su interlocutora, y abundando probablemente en su misma opinion; pero se detuvo al notar un movimiento del oficial, el cual se le anticipó diciendo en el inglés mas correcto:

—Perdonadme, señoras, que os

interrumpa; pero creo de mi deber advertiros, que entiendo y hablo el inglés con bastante facilidad; pero no sé el español de consiguiente, si conoceis este idioma, y gustais de espresaros en él, podeis hacerlo con toda seguridad de no ser comprendidas.

—¿Para qué, caballero? repuso la dama sonriéndose; lo que acabais de oir ha debido convenceros de que no era nuestro ánimo hablar mal de vos: evitémonos, pues, esta molestia, y si algo tenemos que decirnos, digámoslo en francés.

—Un millon de gracias por ese nuevo favor, señora; pero, con todo, si mi presencia os incomoda lo mas mínimo....

—No os es lícito, caballero, suponer tal cosa, puesto que nosotras mismas os hemos rogado que nos acompañáseis.

—O por mejor decir, añadió la mas jóven, os lo hemos exigido.

– No me confundais, señora, y perdonarme un momento de indecision; conoceis á Paris ¿no es verdad? ¡Abundan tanto en la córte los lazos, los peligros y las decepciones.

– Con que nos habiais tomado por.... vamos, sed franco, caballero.

– ¡El señor ha creido que queriamos echarle un lazo y nada mas!

– ¡Oh! señoras, puedo juraros, esclamó el jóven inclinándose, que no me ha pasado por la imaginacion semejante idea.

– Pero ¿qué es esto? ¡se ha parado el coche.

– ¿Que ha sucedido?

– Voy á verlo, señoras.

– ¡Oh! cuidado, caballero, porque, si no me engaño, vamos á volcar.

Y la mano de la mas jóven se posó sobre el hombro del oficial á un brusco movimiento del carruaje.

Estremecióse este al contacto de ella, é instintivamente trató de estrecharla entre las suyas; pero Andrea, repuesta ya de su involuntario impulso de temor, habia vuelto á retroceder al fondo del coche.

El oficial saltó entonces á tierra, y halló al cochero bregando por levantar á uno de los caballos que se habia enredado con la lanza y las guarniciones.

El carruaje se hallaba detenido á la entrada del puente de Sevres, pero, gracias á la ayuda del oficial, consiguió que el caballo se alzase del suelo, despues de lo cual se volvió tranquilamente el jóven al lado de las señoras.

Satisfecho el cochero por su parte de los buenos oficios del viajero, sacudió alegremente su látigo con el doble objeto sin duda de animar á sus rocines, y de ver si podia de este modo entrar en calor.

Pero se hubiera dicho que el frio que acababa de penetrar en el carruaje por la abierta portezuela, habia helado la conversacion, y aquella intimidad naciente, en la cual empezaba el jóven á hallar un encanto, cuya causa no sabia á qué achacar.

Las señoras se limitaron á preguntarle el accidente que acababa de ocurrir, y conocido por estas, volvió á reinar el mayor silencio entre los compañeros de viaje.

El oficial á quien aquella mano tibia y palpitante habia causado mucha impresion, quiso en cambio ver si hallaba un pie.

Nada encontró sin embargo, y si algo halló, tuvo el doble sentimiento de ver la presteza con que lo retiraban.

Una vez que tropezó con el pie de la mayor de las damas, le dijo esta con la mayor imperturbabilidad:

—Perdonad, caballero: creo que os estoy incomodando.

El jóven oficial se ruborizó hasta las orejas y dió el parabien de que la noche fuese bastaute oscura para encubrir su turbacion.

Quedóse mudo, inmóvil y respetuoso como si se hallara en una iglesia, y tan confundido como un niño.

Pero poco á poco, y á pesar suyo una impresiou estraña invadió todo su pensamiento y todo su ser: el jóven sentia, por decirlo asi, la presencia de las dos señoras, aun cuando ni las oia ni las tocaba, é iba acostumbrándose en tales términos á vivir á su lado, que llegó á figurarse que se habia confundido en su existencia alguna partícula de la de aquellas. De buen grado y á cualquier precio hubiera querido renovar la conversacion interrumpida; deteníale no obstante el temor de decir alguna tonteria, y esto le cho-

caba tanto mas, cuanto, que al decidirse á viajar con ellas, y al poco rato de hallarse en el carruaje, habia desdeñado digirles hasta las palabras mas sencillas del lenguaje prescrito por el uso. Temia ademas pecar de cándido ó de impertinente ante aquellas mismas damas á quienes creia una hora antes honrar demasiado, al hacerles la limesna de un luis, y de una frase de cumplido.

En una palabra, como todas las simpatías de esta vida se esplican por la relacion de los fluidos puestos en contacto, el jóven oficial se hallába dominado por un poderoso magnetismo, emanado de los perfumes y del calor juvenil de aquellos tres cuerpos que la casualidad habia reunido, y el cual fascinaba su pensamiento al par que dilataba su corazon.

Asi nacen, viven, y mueren algunas veces en cortos momentos,

las mas suaves y las mas ardientes pasiones. Si estas producen en nosotros un fascinador encanto, es porque son efímeras; su fuerza únicamente es hija de la represion.

El oficial prosiguió guardando el mas profundo silencio, mientras que las damas hablaban entre sí por lo bajo.

Pero como el jóven era todo oidos, logró coger al vuelo algunas palabras sueltas, cuyo sentido deducia su imaginacion, y las cuales eran del tenor siguiente:

—La hora es ya muy avanzada... las puertas..... la disculpa de nuestra salida.....

A esta sazon detúvose nuevamente el carruage, pero no porque se hubiese caido ningun caballo, ni roto ninguna rueda. El heróico cochero, despues de haberse calentado el brazo, y de haber hocho sudar á sus jamelgos á fuerza de latigazos repe-

tidos, habia llegado al fin á Versalles, cuyas largas avenidas sombrias, desiertas, é iluminadas por la rojiza luz que despedian los faroles, emblanquecidos por la escarcha, parecian una doble procesion de espectros negros y descarnados.

El jóven comprendió entonces que habian llegado al término de su viage, y no sabia á qué mágia atribuir la causa por qué le habia parecido este tan corto.

El cochero se volvió hácia el interior del coche, y dijo.

—Ya estamos en Versalles, mi amo.

—¿A dónde vamos? preguntó el oficial á las señoras.

—A la plaza de Armas.

—¡A la plaza de Armas! gritó volviéndose al cochero.

—¡Cómo! ¿Tengo que llegar hasta allí?

—Claro está; ¿no acabas de oir-

lo?..

—¿Entonces, mi amo, espero que añadireis una propina? dijo el auvernés entre dientes.

—Anda y calla.

Los chasquidos del látigo volvieron á empezar de nuevo, y el jóven dijo entonces para sí:

—Preciso es, que yo hable si no quiero pasar plaza de un imbécil, despues de haberla pasado de impertinente.

Y dirigiéndose en seguida á las señoras, añadió en voz alta, aunque vacilante.

—Ya hemos llegado, señora.

—Gracias á vuestra generosa intercesion.

—¡Cuánta molestia os hemos causado! añadió la mas jóven de las viajeras.

¡Oh! lo tengo mas que olvidado, señora.

—Pues nosotras no lo olvidaremos, caballero. Dignaos, pues, de-

cirnos vuestro nombre.

—¡Oh! ¿para qué?

—Advertid que ya es esta la segunda vez que os lo preguntamos.....

—Y no queremos suponer que tratareis de regalarnos un luis; ¿no es cierto?

—Si lo tomais de ese modo, repuso el oficial un si es no es resentido, prefiero ceder: soy el conde de Charny, y oficial de marina, como ha dicho antes esta señora.

—¡Charny! repitió la mayor de las damas con un acento que parecia decir: «Está bien; lo tendré presente.»

—Jorge de Charny, añadió el oficial.

—Jorge! murmuró la mas jóven de las señoras.

—¿Y dónde vivís?

—En la fonda de los Príncipes, calle de Richelieu.

El carruage volvió á hacer alto;

la mayor de las damas abrió entonces la portezuela del costado izquierdo, y saltando ligeramente al suelo, tendió la mano á su compañera.

—Aceptad al menos mi brazo, esclamó el jóven, disponiéndose á seguirlas, puesto que aun no habeis llegado á vuestra casa.

—¡Oh, no os movais de ahí! dijeron simultáneamente las dos damas.

—¿Que no me mueva?

—Precisamente, quedaos en el carruage.

—Pero ¿cómo quereis, señoras, que consienta en dejaros solas de noche, y en estos tiempos? Me pedís un imposible!

—Eso es! Despues de haberos casi negado á venir con nosotras, ahora quereis obligarnos demasiado! dijo en tono de broma la mayor de las damas.

—¡Sin embargo!....

—No hay sin embargo que valga. Mostraos hasta el fin leal y galante, caballero..... Con que..... mil gracias, señor de Charny; un millon de gracias... y como creemos efectivamente que sois un caballero, tan leal y tan galante como acabo de decir, no queremos exigiros vuestra palabra....

—¿De qué?

—De cerrar la portezuela asi que nos marchemos: y decir al cochero que regrese á París. ¿No es verdad que vais á hacerlo asi, sin mirar siquiera hácia qué lado nos retiramos?

—Decis bien, señora, y mi palabra seria inútil. Cochero, regresemos á París; vuelve los caballos, amigo mio.

Y metiéndole otro luis en la mano, se colocó en lo mas hondo del carruage.

El digno aubernés se estremeció de alegria.

— ¡Con mil diablos! dijo, reventaré los caballos, si es preciso.

— Ya lo creo, murmuró el oficial; como que los he pagado.

El coche rodó con la mayor celeridad, y el ruido producido por las ruedas ahogó un suspiro del jóven; suspiro voluptuoso, que no fue dueño de reprimir, porque el sibarita acababa de reclinarse sobre los dos cogines, que aun conservaban el calor de las dos hermosas desconocidas.

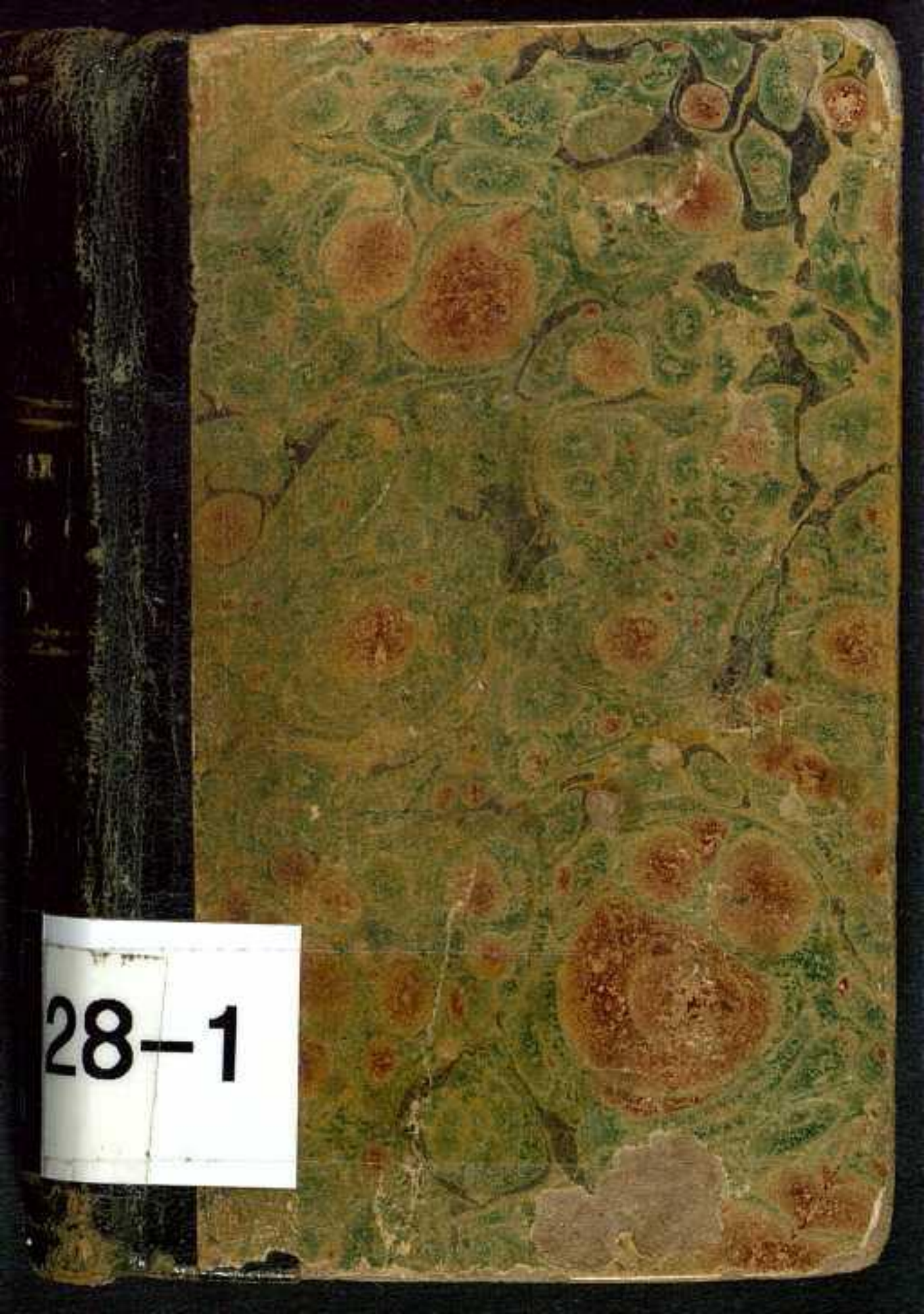
Estas por su parte permanecieron en el mismo sitio hasta que desapareció el coche, y en seguida se dirigieron hácia palacio.

FIN DEL TOMO I.

EL COLLAR
DE LA
REYNA

1. 2

FAN
XIX
163a


28-1

11 tomos 2.000

'87'86 51

EL COLLAR
DE LA REYNA.

I.